



POESÍAS CUENTOS
CRÓNICAS RELATOS...
VIBRANTES, INTERESANTES Y
BREVES...

Así queremos los textos para el próximo número
(máximo 7 páginas, Times New Roman, 12 puntos)

Envíelos a
urevista@urosario.edu.co,
hasta el primero de abril de 2008

Contenido

Correo Editorial

102 CUENTOS

7

DE EXPLICACIONES Y PREGUNTAS

Antología: Julio Cortázar

Samuel Butler
Andrómeda
Héctor Rojas Herazo
Un agujero
Luis L. Antuñaño
Polemistas
Kostas Axelos
Lo real y lo imaginario
Kostas Axelos
El ser
Kostas Axelos
Dios
Kostas Axelos
La búsqueda
Juan de Timoneda
Cuento XXXVIII
Francisco Acevedo
Der traum ein leben
Óscar Wilde
El reflejo
Max Aub
Hablabla y hablaba....
Alfonso Reyes
El intuitivo

Edwin Broster
La explicación
James Joyce
Definición del fantasma
Martin Buber
El descuido
Richard Wilhelm
La secta del Loto Blanco
Franz Kafka
La partida

15

DE CREYENTES Y FANTASMAS ... MUERTOS

Antología: Jorge Luis Borges
Cultura Ijca (Colombia)
El mama que inventó la muerte
Jorge Luis Borges y Delia Ing.
Odín
Anónimo
El negador de milagros
Nozhat el Djallas
Peligros del exceso de piedad
Gabriel Cristián Taboada
El cielo ganado
M. R. Werner
El peligroso taumaturgo
George Loring Frost
Un creyente
Ah'med El Qalyubi
Temor de la cólera
Kostas Axelos
La muerte
Kostas Axelos
Las voces del silencio
Jorge Luis Borges
1983
Jean Cocteau
El gesto de la muerte
Fergus Nicholson
Nosce te ipsum

Germán Santamaría
Morir último
Wu Ch'eng-En
La sentencia
Las mil y una noches
El juramento del cautivo
I.A. Ireland
Final para un cuento fantástico
Thomas Bailey Aldrich
Sola y su alma
Robert Quintin Penn
I tried
Mariana Ramos Venegas
Instinto de plenitud
René Avilés Fabila
Los fantasmas y yo
Thomas Carlyle
Un auténtico fantasma
Alexandra David-Neel
La persecución del maestro
Flor María Ávila
Cuento sin nombre

31

DE COSAS... DE LA VIDA

Antología: José Miguel Oviedo
Ricardo Arturo Peñuela Ordóñez
El cargo más alto de Bogotá
Augusto Monterroso
Fecundidad
Arthur Walley
Una nostalgia
Franz Kafka
Transeúntes
Magaly Pabón Robayo
Esa masa amorfa
Mark Twain
Gemelos
Sergio Flores
Prejuicios útiles
Jorge Amado
El busto

Fernando Pessoa
Viajar
Zhuang Zi
El arte de matar dragones
Nathaly Jiménez Reinales
Estado somnoliento

41

DE LUGARES... EXTRAÑOS

Antología: Juan Gustavo Cobo

Borda

Virgilio Piñera
En el insomnio
William Ospina
A Roma
Jorge Luis Borges
El desierto
Jorge Luis Borges
1982
Jorge Luis Borges
Ginebra
Jorge Luis Borges
Una pesadilla
Jorge Luis Borges
Los sueños
Jorge Luis Borges
Madrid, julio de 1982
Sergio Flores
En la calle
Ítalo Calvino
Las ciudades y el deseo
Lincoln Bent
En Montreal

49

DE SERES ...HUMANOS

Antología: Luz Mary Giraldo

El Novelino
Novela XLIV
Eduardo Galeano
La autoridad
Luis Fayad
Reencuentro
Vicente Huidobro
Tragedia
Juan José Arreola
Ágrafa musulmana en papiro

de oxyrinco
Juan Esteban Constaín
El genio del ingenio
Feng Meng-Lung
El dedo
Franz Kafka
El rechazo
Franz Kafka
Una pequeña fábula
Jaime Alberto Jiménez
Arcano
Andrés Felipe Chaves Gutiérrez
Aromas
Leopoldo Lugones
Aristocracia
Niu Chiao
Historia de zorros
Miguel Méndez Camacho
Azabache
Mariana Frenk
Fábula
Liehtsé
El ciervo escondido
Flor Mendieta
Fábula 1
Claudia Pinilla y Boris Pinto
El taller de los juguetes
cantores
Gabriel García Márquez
El drama del desencantado
Andrea Bocconi
Tranvía
Anónimo hindú
Ni tú ni yo somos los mismos
Jenny Paola Guerrero
Blanca sombra

65

PURO CUENTO

Antología: Roberto González
Echevarría
R. F. Burton
La obra y el poeta
Ítalo Calvino
La leyenda de Carlo Magno
Macedonio Fernández
Un paciente en disminución

Gustavo Masso
La punta de la madeja
Edwin Morgan
La sombra de las jugadas
Jacques Sternberg
El castigo
Arturo Bolaños
Sin salida
Sara Camargo Trejos
Delgado, no tan alto...
Armando Fuentes Aguirre
Un cuento
Gabriel Jiménez Emán
El hombre invisible
Olaf Stapledon
Historias universales
Javier Tafur González
La visita
César Fernández Moreno
Una o dos veces
Augusto Monterroso
Heraclitana
James George Frazer
Vivir para siempre
Joaquín Sabina
Le sobran...

79

EL CUENTO

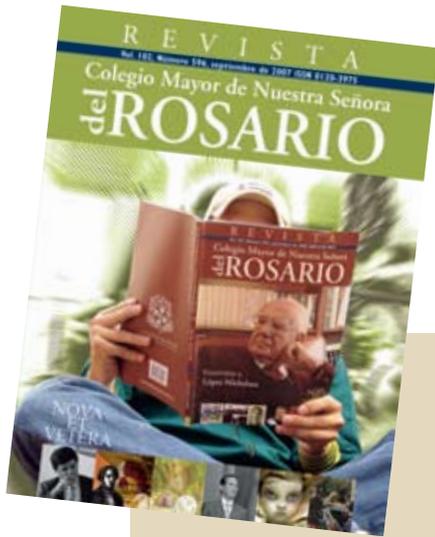
Ambrose Bierce
El puente sobre el río del
Búho

Vida rosarista

82 Acuerdos

87 A la memoria de
Monseñor Rafael
María Carrasquilla

91 Fiesta Rosarista



Bogotá, D.C., Septiembre 19 de 2007

Doctor
JOSÉ FRANCISCO
RODRÍGUEZ LATORRE
Colegio Mayor de Nuestra Señora del
Rosario
Director Revista
Ciudad
Apreciado Francisco

Permítame expresarle mis sinceros agradecimientos por la entrevista que tuvo a bien hacerme para la edición del mes de septiembre. Fue muy satisfactorio para mí reencontrarme con el tiempo, siendo parte de la historia de aquellos personajes que leía e imaginaba en mis años de estudiante.

Sea esta la oportunidad de reiterarle mi admiración por su excelente gestión en la revista, que se ha posicionado como un medio de comunicación abierto para estudiantes y egresados, que difunde y preserva los ideales del pensamiento Rosarista, (...)

Con un cordial saludo,

ANDRÉS LÓPEZ VALDERRAMA



Editorial

A comienzos del año, nos visitó la Secretaría de Cultura de Bogotá, que preside la doctora Martha Senn, para vincularnos a la promoción del proyecto “Bogotá Capital Mundial del Libro”. En aquella ocasión distintas instancias de la Universidad mostramos interés y mencionamos algunas propuestas para darle cuerpo a la iniciativa, pero quedó pendiente la forma como la revista acogía esa idea. Aquí está esa respuesta.

Este número se llama, emblemáticamente, “102 años, 102 cuentos del Rosario y del mundo”. Es una invitación a que la comunidad rosarista ayude a difundir las letras y el hábito de la lectura. Son 102 oportunidades para encontrarse con historias de género y latitud variados, donde se incluyen los finalistas de la convocatoria de cuento corto lanzada en el número anterior. No somos pretensivos, no creemos que nuestros relatos vayan a arrastrar la lectura de autores clásicos como Poe o Borges; creemos sinceramente que es al contrario, pero quisimos compartir un espacio cercano, porque 102 oportunidades no se presentan todos los días. Esperamos que nuestros corresponsales se sientan bien ubicados en esta ambiciosa antología, que contó con el acompañamiento de nuestro gran amigo Juan Gustavo Cobo Borda.

En el Rosario está claro que todo lo que se haga en favor de la lectura va por el camino correcto. Igualmente, sabemos que, tristemente, siempre será poco así trabajemos mucho, como en esta ocasión.

Como estamos en la misma línea de apoyo e invitación a la lectura debemos destacar todos los planes del Estado orientados a promoverla en Colombia: el Plan Nacional de Lectura y Bibliotecas (PNLB) en manos del Ministerio de Cultura y la Biblioteca

Nacional, que ha llevado dotaciones a quinientas cincuenta bibliotecas municipales; Mil Maneras de Leer, la campaña del Ministerio de Educación Nacional en asocio con el CERLALC, que trabaja con más de cuatro mil maestros en centenares de pueblos y veredas; el Libro al Viento, con sus diecinueve Paraderos Para Libros para Parques (PPP), y los ochenta Clubes de Lectura distribuidos por todo Bogotá. Todos estos esfuerzos deben recordarse con voz fuerte para que nadie se quede sin conocerlos. Y agreguemos las ferias del libro, los trueques en el Parque Nacional y las jornadas de lectura en voz alta. Pero nada, sigue siendo poco, porque los indicadores nacionales de lectura están abajo, detrás de los registros de países cercanos a nosotros. Las cifras de lectura redondean el mismo libro y medio al año per capita.

No sabemos en qué va el amor a la lectura cuando los jóvenes están absortos en *Youtube*, *My space* y *Facebook*, pero siguiendo el consejo de Daniel Penac, en *Como una novela*, les recordamos a los adultos y adultas que no conviertan la lectura de cuentos en una jornada aburridora y llena de previas. El lector tiene sus derechos. Aquí no es como en Pac-man donde tenemos tres vidas, aquí tenemos una sola oportunidad. Si caemos en la tentación de la ‘preguntadera’, el lector se ausentará aún más y ya no querrá saber jamás de libros y revistas. La lectura es gozosa o no lo es. Esperamos que esta antología lo sea.

En Colombia tenemos la disculpa perfecta para todo. No votamos y argumentamos la falta de candidatos honestos, ¡como si los conociéramos a todos!; llegamos tarde al trabajo y lo explicamos con el trancón en la Caracas; no entregamos el trabajo, porque “se cayó la red”. Así mismo, no leemos y tenemos



por lo menos dos disculpas manidas: “leer nos puede volver locos o se nos desprende la retina”.

Cervantes vendió bien su idea: Don Quijote perdió la razón por frecuentar los libros, por lo tanto, leer es peligroso. Muy pocos conocen el Quijote, pero el temor, el gran temor a “la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura” existe en la conciencia colectiva. Y todos cuidamos celosamente nuestra salud mental. Otros, no leen en el Transmilenio, porque la retina se puede desprender, como si la retina estuviera colgando de alguna parte interna del ojo, como si se fuera a desenganchar de un clavo, como un cuadro que se desprende. No señores, la retina no se desprende, lo que mal se llama “desprendimiento de retina” es una enfermedad degenerativa que es más difícil de contraer que ganarse el acumulado del Baloto.

Pues aquí les ofrecemos 102 cuentos para que se vuelvan locos o se les desprenda la retina y ojalá los disfruten antes de que contraigan una de esas dos míticas enfermedades de lector.

Nota del Director:

Al inicio o al final de cada sección, el lector encontrará una antología de cuentos para que, si así lo quiere, se deleite con los favoritos de algunos gourmets literarios.

También encontrará los cuentos de Mariana Ramos, Flor María Ávila, Ricardo Arturo Peñuela, Magali Pabón, Sergio Flores, Juan Guillermo Duque, Lincoln Bent, Andrés Felipe Chaves, Claudia Pinilla y Boris Pinto, Jenny Paola Guerrero y Sara Camargo, cuyos cuentos fueron seleccionados de entre los setenta que fueron enviados a esta revista en respuesta a la convocatoria lanzada.

Con motivo de la celebración del semestre de los Estados Unidos en la Universidad, hemos incluido, además de un cuento en inglés y de una antología de uno de los profesores más destacados de la Universidad de Yale, el cuento “El puente sobre el río Búho” que según Truman Capote es el cuento que todo aquel que se considere norteamericano debe leer.

EXPLICACIONES Y PREGUNTAS





ANTOLOGÍA DE JULIO CORTÁZAR*



1. "TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS". JORGE LUIS BORGES
2. "WILLIAM WILSON". EDGAR ALLAN POE
3. "UN RECUERDO NAVIDEÑO". TRUMAN CAPOTE
4. "EL PUENTE SOBRE EL RÍO DEL BÚHO". AMBROSE BIERCE
5. "LA LECCIÓN DEL MAESTRO". HENRY JAMES
6. "LA MUERTE DE IVÁN ILICH". LEÓN TOLSTOI
7. "UN SUEÑO REALIZADO". JUAN CARLOS ONETTI
8. "LA CASA INUNDADA". FELISBERTO HERNÁNDEZ
9. "CONEJOS BLANCOS". LEONORA CARRINGTON.
10. "ÉXTASIS". KATHERINE MANSFIELD



* Cortázar, Julio. Cuentos inolvidables según Julio Cortázar. Antología. Bogotá: Alfaguara. 2007.



Samuel Butler

Andrómeda

Nunca el dragón estuvo con mejor salud y más entonado que la mañana en que Perseo lo mató. Se dice que Andrómeda comentó después con Perseo la circunstancia: se había levantado tranquilamente, con muy buen ánimo, etcétera.

Cuando le referí esto a Ballard, se lamentó de que ese rasgo no figurara en los clásicos. Lo miré y le dije que yo también era los clásicos.

Héctor Rojas Herazo

Un agujero

Le pregunto al tendero gordo, con toda seriedad:

—¿Usted es Dios, señor?

Y él me responde, mientras corta trocitos de jamón, mientras mueren poco a poco sus ojos:

—No, no soy Dios, pero sí lo conozco.

—¿Cómo es él? —le pregunto.

Y él me responde: —Es así.

Y me da su tamaño, su peso, sus medidas.

Luis L. Antuñano

Polemistas

Varios gauchos en la pulpería conversan sobre temas de escritura y de fonética. El santiagueño Albarracín no sabe leer ni escribir, pero supone que la palabra *trara*¹ no puede escribirse. Crisanto Cabrera, también analfabeto, sostiene que todo lo que se habla puede ser escrito.

—Pago la copa para todos —le dice el santiagueño— si escribe *trara*.

—Se la juego —contesta Cabrera—; saca el cuchillo y con la punta traza unos garabatos en el piso de tierra.

De atrás se asoma el viejo

Álvarez, mira el suelo y sentencia:

—Clarito, *trara*.

¹ Trípode de hierro para la pava del mate.



Kostas Axelos

Lo real y lo imaginario (las trampas mito-lógicas)

Un padre y una madre centauros observan a su hijo que retoza en una playa del Mediterráneo. El padre se vuelve hacia la madre y le pregunta: ¿debemos decirle que no es más que un mito?

El ser (y la esencia de lo que es)

Un sabio chino se pasea con su alumno. Cruzan un puente. ¿Cuál es el ser —o la esencia— del puente?, pregunta el aprendiz de filósofo. Su maestro lo mira, y con un solo gesto lo arroja al río.

Dios (o el Ab-soluto total y teo-lógico)

Un gran sacerdote brahmán invita a sus detractores a tomar la palabra. Vuestro Dios es una superchería, observa alguno con violencia. Vuestra religión es mentira e ilusión y vosotros, los

sacerdotes, sois el apoyo de la infamia. Dios, la religión y los sacerdotes deben ser combatidos y aniquilados. ¿Qué puedes responderme, gran sacerdote? Tú también eres uno de los nuestros, le responde con serenidad el brahmán.

La búsqueda (Siempre errónea y errante incluso antes de ser planteada)

Un hombre erró por el mundo durante toda su vida a la búsqueda de la piedra —filosofal—, que convertiría en oro al metal más vulgar. Erraba por montes y valles, vestido con un sayal atado a su cuerpo por medio de un cinturón con una hebilla y se veía obligado a tirarla.

Una tarde en que estaba muy fatigado,

llegó a la casucha de una anciana campesina y le pidió de comer y de beber. La vieja lo interrogó, y después de haber escuchado en silencio, se fijó en su hebilla y dijo: pobre hombre, has tirado la piedra preciosa ¿no te has dado cuenta de que tu hebilla ya se ha convertido en oro?

Juan de Timoneda

Cuento XXXVIII

Preguntó un gran señor a ciertos médicos que a qué hora del día era bien comer. El uno dijo:

—Señor, a las diez.

El otro, a las once, y el otro, a las doce. Dijo el más anciano:

—Señor, la perfecta hora de comer es, para el rico, cuando tiene gana, y para el pobre, cuando tiene de qué.

Francisco Acevedo

Der traum ein leben

El diálogo ocurrió en Androgué. Mi sobrino Miguel, que tendría cinco o seis años, estaba sentado en el suelo, jugando con la gata. Como todas las mañanas, le pregunté:

—¿Qué soñaste anoche?

Me contestó:

—Soñé que me había perdido en un bosque y que al fin encontré una casita de madera. Se abrió la puerta y saliste vos.

Con súbita curiosidad me preguntó:

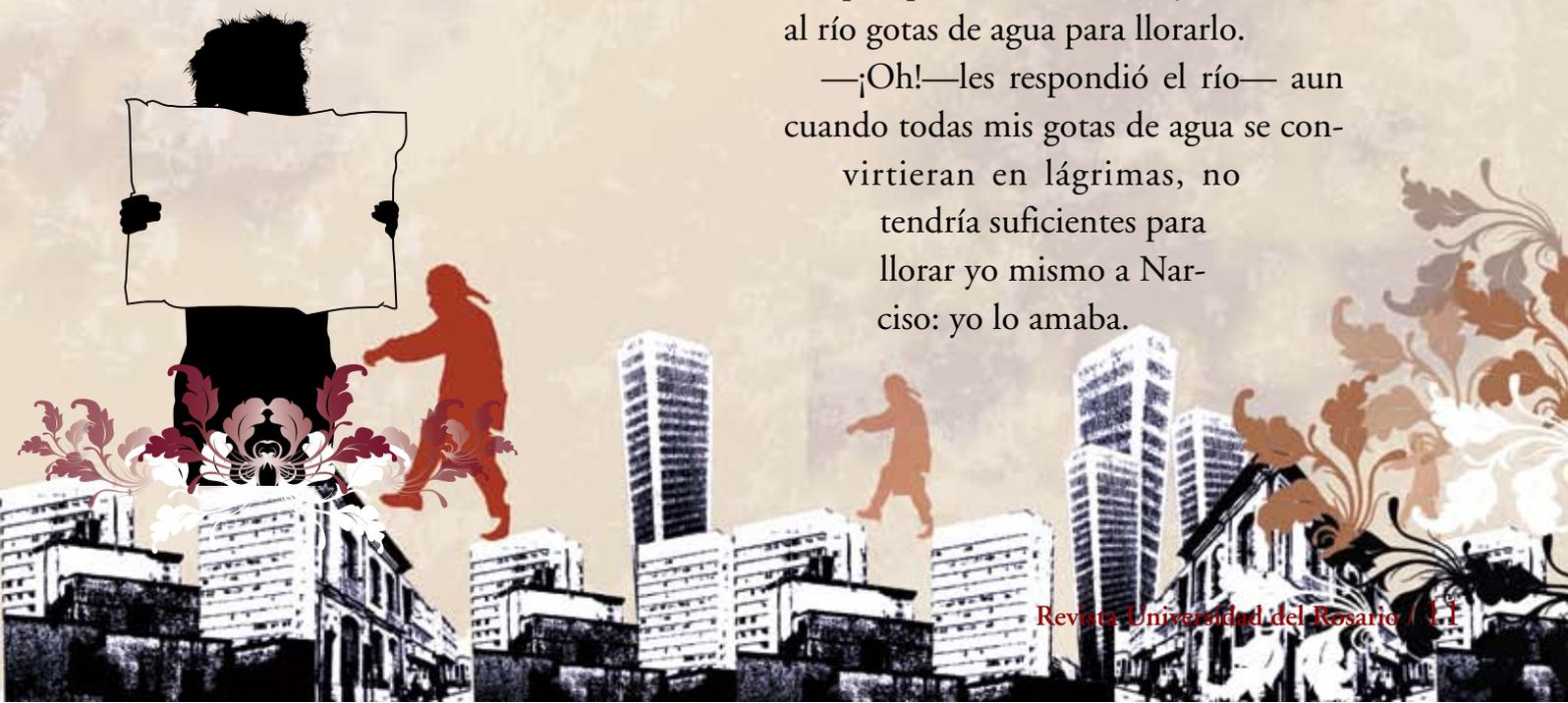
—Decime, ¿qué estabas haciendo en esa casita?

Oscar Wilde

El reflejo

Cuando murió Narciso las flores de los campos quedaron desoladas y solicitaron al río gotas de agua para llorarlo.

—¡Oh!—les respondió el río— aun cuando todas mis gotas de agua se convirtieran en lágrimas, no tendría suficientes para llorar yo mismo a Narciso: yo lo amaba.



—¡Oh!— prosiguieron las flores de los campos_ ¿cómo no ibas a amar a Narciso? Era hermoso.

—¿Era hermoso? —preguntó el río.

—¿Y quién mejor que tú para saberlo? —dijeron las flores. Todos los días se inclinaba sobre tu ribazo, contemplaba en tus aguas su belleza...

—Si yo lo amaba— respondió el río — es porque, cuando se inclinaba sobre mí, veía yo en sus ojos el reflejo de mis aguas.

Max Aub

Hablaba y hablaba...

Hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba. Y venga hablar. Yo soy una mujer de mi casa. Pero aquella criada gorda no hacía más que hablar, y hablar, y hablar. Estuviera yo donde estuviera, venía y empezaba a hablar. Hablaba de todo y de cualquier cosa, lo mismo le daba. ¿Despedirla por eso? Hubiera tenido que

pagarle sus tres meses. Además hubiese sido muy capaz de echarme mal de ojo.

Hasta en el baño: que si esto, que si aquello,

que si lo de más allá. Le metí la toalla en la boca para que se callara. No murió de eso, sino de no hablar: se le reventaron las palabras por dentro.

Alfonso Reyes

El intuitivo

Dicen que en el riñón de Andalucía hubo una escuela de médicos. El maestro preguntaba:

—¿Qué hay con este enfermo, Pepillo?

—Para mí— respondía el discípulo —que se trae una cefalalgia entre pecho y espalda que lo tiene frito.

—¿Y por qué lo dices, salado?

—Señor maestro, porque me sale del alma.

Edwin Broster

La explicación

El implacable escéptico Wang Ch'ung negó la estirpe del fénix. Declaró que así como la serpiente se convierte en pez y la laucha en tortuga, el ciervo, en épocas de paz y de tranquilidad, se convierte en unicornio y el ganso en fénix. Atribuyó estas mutaciones al “líquido

propicio” que, 2.356 años antes de la era cristiana, hizo que en el patio del emperador Yao creciera césped de color escarlata.

James Joyce

Definición del fantasma

¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

Martin Buber

El descuido

Cuentan:

El rabí Elimelekl estaba cenando con sus discípulos. El criado le trajo un plato de sopa. El rabí lo volvió y la sopa se derramó sobre la mesa. El joven Mendel, que sería rabí de Rimanov, exclamó:

Alfonso Reyes

Rabí, ¿qué has hecho? Nos mandarán a todos a la cárcel. Los otros discípulos sonrieron y se hubieran reído abiertamente, pero la presencia del maestro los contuvo. Éste, sin embargo,

no sonrió. Movi6 afirmativamente la cabeza y dijo a Mendel:

No temas, hijo mío.

Algún tiempo después se supo que en aquel día un edicto dirigido contra los judíos de todo el país había sido presentado al emperador para que lo firmara. Repetidas veces, el emperador había tomado la pluma, pero algo siempre lo interrumpía. Finalmente firmó. Extendió la mano hacia la arena de secar, pero tomó por error el tintero y lo volcó sobre el papel. Entonces lo rompió y prohibió que lo trajeran de nuevo.

Richard Wilhelm

La secta del Loto Blanco

Había una vez un hombre que pertenecía a la secta del Loto Blanco. Muchos, deseosos de dominar las artes tenebrosas, lo tomaban por maestro.

Un día el mago quiso salir. Entonces colocó en el vestíbulo un tazón cubierto con otro tazón y ordenó a los discípulos que los cuidaran. Les dijo que no descubrieran los tazones ni vieran lo que había adentro.

Apenas se alejó, levantaron la tapa y vieron que en el tazón había agua pura, y en el agua un barquito de paja, con mástiles y velamen. Sorprendidos, lo empujaron con el dedo. El barco se volcó. De prisa, lo enderezaron y volvieron a tapar el tazón.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me habéis desobedecido?

Los discípulos se pusieron de pie y negaron. El mago declaró:

—Mi nave ha zozobrado en el confín del Mar Amarillo. ¿Cómo os atrevéis a engañarme?

Una tarde, encendió en un rincón del patio una pequeña vela. Les ordenó que la cuidaran del viento. Había pasado la segunda vigilia y el mago no había vuelto. Cansados y soñolientos, los discípulos se acostaron y se durmieron. Al otro día la vela estaba apagada. La encendieron de nuevo.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me habéis desobedecido?

Los discípulos negaron:

—De veras, no hemos dormido. ¿Cómo iba a apagarse la luz?

El mago dijo:

—Quince leguas erré en la oscuridad de los desiertos tibetanos, y ahora queréis engañarme.

Esto atemorizó a los discípulos.

Franz Kafka

La partida

Ordené que trajeran mi caballo del establo. El criado no me entendió, así que fui yo mismo. Ensillé el caballo y lo monté. A la distancia oí el sonido de una trompeta y pregunté el mozo su significado. Él no sabía nada; no había oído sonido alguno. En el portón me detuvo y preguntó:

—¿Hacia dónde cabalga, señor?

—No lo sé —respondí—, sólo quiero partir, sólo partir, nada más que partir de aquí. Sólo así lograré llegar a mi meta.

—¿Entonces conoce usted la meta? —preguntó él.

—Sí —contesté. Ya te lo he dicho. Partir, ésa es mi meta.

—¿No lleva provisiones? —preguntó.

—No me son necesarias —respondí—, el viaje es tan largo que moriré de hambre si no consigo alimentos por el camino. No hay provisión que pueda salvarme. Por suerte es un viaje realmente interminable.

*De Creyentes,
y
Fantasmas
Muertos*





ANTOLOGÍA DE JORGE LUIS BORGES



1. "DONDE SU FUEGO NUNCA SE APAGA". MAY SINCLAIR
2. "EL ESCARABAJO DE ORO". EDGAR ALLAN POE
3. "LOS EXPULSADOS DE POKER-FLAT". FRANCIS BRET HARTE
4. "EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS". JOSEPH CONRAD
5. "EL JARDINERO". RUDYARD KIPLING
6. "EL CUENTO MÁS HERMOSO DEL MUNDO". RUDYARD KIPLING
7. "BOLA DE SEBO". GUY DE MAUPASSANT
8. "LA PATA DE MONO". WILLIAM WYMARK JACOBS
9. "EL DIOS DE LOS GONGS". GILBERT KEITH CHESTERTON
10. "HISTORIA DE ABDULA, EL MENDIGO CIEGO".
LAS MIL Y UNA NOCHES
11. "LOS REGALOS PERFECTOS". O'HENRY
12. "DE LO QUE ACONTECIÓ A UN DÉAN DE SANTIAGO
CON DON ILLÁN, EL GRAN MAGO QUE VIVÍA EN TOLEDO".
INFANTE DON JUAN MANUEL



* Borges, Jorge Luis. *Cuentos memorables según Borges*. Bogotá: Extra Alfaguara. 2007.



Cultura Ijca (Colombia)

El mama que inventó la muerte

Al principio los indios no se morían: cuando ya estaban viejecitos y cansados se convertían en piedras. Y el mundo se llenó de piedras que ya no cabían. Entonces, vino el Mama Seukún y los convirtió en hombres otra vez y siguieron viviendo un tiempo, pero el mundo se volvió a llenar de hombres. Entonces, Mama Seukún trajo las enfermedades, las soltó y así inventó la muerte.

Jorge Luis Borges y Delia Ingenieros

Odín

Se refiere que a la corte de Olaf Tryggvason, que se había convertido a la nueva fe, llegó una noche un hombre viejo, envuelto en una capa oscura y con el ala del sombrero sobre los ojos. El rey le preguntó si sabía hacer algo; el forastero contestó que sabía tocar el arpa y contar cuentos. Tocó en el arpa aires antiguos, habló de Gudrun y de Gunnar y, finalmente, refirió el nacimiento de Odín. Dijo que tres parcas vinieron,

que las dos primeras le prometieron grandes felicidades y que la tercera dijo, colérica: “El niño no vivirá más que la vela que está ardiendo a su lado”. Entonces, los padres apagaron la vela para que Odín no muriera. Olaf Tryggvason descreyó de la historia; el forastero repitió que era cierta, sacó la vela y la encendió. Mientras la miraban arder, el hombre dijo que era tarde y que tenía que irse. Cuando la vela se hubo consumido, lo buscaron. A unos pasos de la casa del rey, Odín había muerto.

Anónimo

EL NEGADOR DE MILAGROS

Chu Fy Tze, negador de milagros, había muerto; lo velaba su yerno. Al amanecer, el ataúd se elevó y quedó suspendido en el aire, a dos cuartas del suelo. El piadoso yerno se horrorizó. “Oh, venerado suegro”, suplicó. “No destruyas mi fe de que son imposibles los milagros”. El ataúd, entonces, descendió lentamente, y el yerno recuperó la fe.

Nozhat el Djallas

PELIGROS DEL EXCESO DE PIEDAD

Un día en que Abu Nonas visitaba a un amigo, el techo empezó a crujir.

—¿Qué es eso?— preguntó

—No temas, es el techo que alaba al Señor.

En cuanto oyó estas palabras, Abu Nonas salió de la casa.

—¿A dónde vas?— le preguntó el amigo.

—Temo que aumente su devoción— contestó Abu Nonas —y que se prosterne estando yo adentro.

Gabriel Cristián Taboada

El cielo ganado

El día del Juicio Final, Dios juzga a todos y cada uno de los hombres.

Cuando llama a Manuel Cruz, le dice:

—Hombre de poca fe. No creíste en mí. Por eso no entrarás en el Paraíso.

—Oh Señor— contesta Cruz —es verdad que mi fe no ha sido mucha. Nunca he creído en Vos, pero siempre te he imaginado. Tras escucharlo, Dios responde:

—Bien, hijo mío, entrarás en el cielo; mas no tendrás nunca la certeza de hallarte en él.

M. R. Werner

EL PELIGROSO TAUMATURGO

Un clérigo que descreía del mormonismo fue a visitar a Joseph Smith, el profeta, y le pidió un milagro. Smith le contestó:

—Muy bien, señor. Lo dejo a su elección. ¿Quiere usted quedar ciego o sordo? ¿Elige la parálisis, o prefiere que le seque una mano? Hable, y en el nombre de Jesucristo yo satisfaré su deseo.

El clérigo balbuceó que no era ésa la clase de milagro que él había solicitado.

—En tal caso, señor— dijo Smith —usted se va a quedar sin milagro. Para convencerlo a usted no perjudicaré a otras personas.

George Loring Frost

Un creyente

Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

—Yo no— respondió el otro —¿Y usted?

—Yo sí— dijo el primero y desapareció.

Ah'med El Qalyubi

TEMOR DE LA CÓLERA

En una de sus guerras, Alí derribó a un hombre y se arrodilló sobre su pecho para decapitarlo. El hombre le escupió en la cara. Alí se incorporó y lo dejó. Cuando le preguntaron por qué había hecho eso, respondió:

—Me escupió en la cara y temí matarlo estando yo enojado. Sólo quiero matar a mis enemigos estando puro ante Dios.

Kostas Axelos

La muerte (y el amor a la vida)

Una vez un mandarín chino propuso esta medida al gobernador de una provincia, quien no tardó en adoptarla. En el momento en que la víctima debía posar la cabeza sobre el taco para que el verdugo se la pudiese cortar, un caballero enga-

lanado llegaba al galope y exclamaba: ¡Deteneos! ¡El Sire ha concedido su gracia al condenado a muerte! En ese instante de euforia suprema, el verdugo cortaba la cabeza del feliz mortal.

Kostas Axelos

Las voces del silencio (el fin tecno-lógico y escato-lógico y el comienzo)

Por fin la energía atómica encadenada se ha liberado y ha destruido toda vida humana sobre el planeta. Sólo se ha escapado un habitante de un rascacielos de Chicago. Después de haber comido y bebido todo lo que tenía en su heladera, leído, visto, mirado y escuchado su biblioteca ideal, su museo imaginario y su discoteca real, desesperado al ver que no se moría, decide suprimirse y se tira al vacío desde el piso cuarenta. Justo en el momento en que pasa por el departamento del primer piso, oye sonar el teléfono.

Jorge Luis Borges

1983

En un restaurante del centro, Haydée Lange y yo conversábamos. La mesa estaba puesta y quedaban trozos de pan y quizá dos copas; es verosímil suponer que habíamos comido juntos. Discutíamos, creo, un filme de King Vidor. En las copas quedaría un poco de vino. Sentí con un principio de tedio que yo repetía cosas ya dichas y que ella lo sabía y me contestaba de manera mecánica. De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo. Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y quizá descortés revelarle que era un fantasma, un hermoso fantasma.

El sueño se ramificó en otro sueño antes de que yo me despertara.

Jean Cocteau

EL GESTO DE LA MUERTE

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana, ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza— le responde —sino un gesto de sorpresa, pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán.

Fergus Nicholson

Nosce te ipsum

El Mahdi cercaba con sus hordas a Khartum, defendida por el general Gordon. Hubo enemigos que se pasaron a la ciudad sitiada. Gordon los recibía uno por uno y les indicaba un espejo para que se miraran. Le parecía justo que un hombre conociera su cara antes de morir.

Germán Santamaría

MORIR ÚLTIMO

Mire, mijo, ahora antecitos de que se pierda en el llano, le quiero decir esto para que lo tenga muy en cuenta: la cosa no es ir sino volver. No es que se trate de sacarle el juste o el cuerpo al compromiso. Desde mucho antes se sabía que algún día tocaría ir. Pero eso sí, siempre hay que tirar a que los otros pongan los muertos. Mientras menos mueran de los nuestros mejor. No es miedo a la muerte, sólo es querer que estén más a la hora del triunfo. Uno siempre debe procurar morir último.

Wu Ch'eng-En

LA SENTENCIA

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño, el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó buscar y lo tuvo atareado el día entero para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era



larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron:

—Cayó del cielo.

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así.

Las mil y una noches

El juramento del cautivo

El Genio dijo al pescador que lo había sacado de la botella de cobre amarillo:

—Soy uno de los genios heréticos y me rebelé contra Salomón, hijo de David —¡que sobre los dos haya paz! Fui derrotado; Salomón, hijo de David, me ordenó que abrazara la fe de Dios y que obedeciera sus órdenes. Rehusé; el Rey me encerró en ese recipiente de cobre y estampó en la tapa el Nombre Muy Alto, y ordenó a los genios sumisos que me arrojaran en el centro del mar. Dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, lo enriqueceré para siempre. Pero un siglo

entero pasó, y nadie me dio la libertad. Entonces dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, le revelaré todas las artes mágicas de la tierra. Pero cuatrocientos años pasaron y yo seguía en el fondo del mar. Dije entonces: a quien me dé la libertad, yo le otorgaré tres deseos. Pero novecientos años pasaron. Entonces, desesperado, juré por el Nombre Muy Alto: a quien me dé la libertad, yo lo mataré. Prepárate a morir, oh mi salvador.

I. A. Ireland

FINAL PARA UN CUENTO FANTÁSTICO

—¡Qué extraño!_ dijo la muchacha, avanzando cautelosamente. —¡Qué puerta más pesada!

La tocó, al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.

—¡Dios mío!_ dijo el hombre. —Me parece que no tiene picaporte del lado de adentro. ¡Cómo, nos ha encerrado a los dos!

—A los dos, no. A uno solo— dijo la muchacha.

Pasó a través de la puerta y desapareció.

Thomas Bailey Aldrich

Sola y su alma

Una mujer está sentada sola en su casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto.
Golpean a la puerta.

Robert Quintin Penn

I tried...

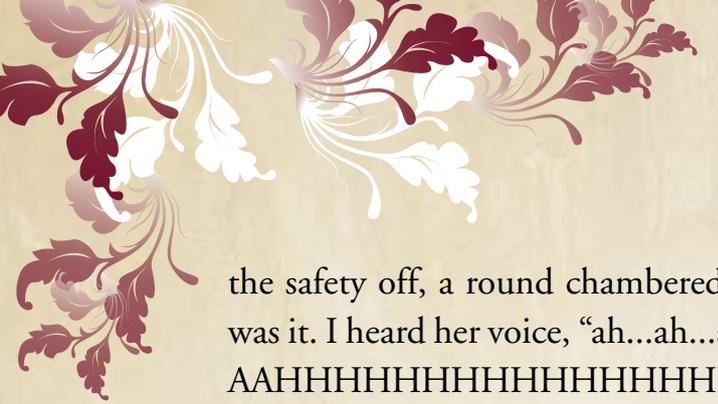
Tag it:

What went wrong? Why didn't I make the kill? I will tell you. The woman who was my target is an opera singer. I went to school with her, lived a few doors down from her, went to church with her, and let me tell you, I cannot stand her. I hate her. With the souls of a thousand burning men I hated this woman. I got into the murder-for-hire field, and wouldn't you know it, I actually had someone willing to pay me 100 grand to kill her. The man wanted her dead, I wanted her dead, and I was going to be filthy rich. At the time this deal was being struck, the target had moved to a different residence, but was still doing what she did best; sing. To the opera house I went.

The gun I chose was a .22 Henry, or Winchester, hell if I know. It shot bullets, it had a scope, and it could disassemble and stow in the stock. When it comes to shooting, I am a terrible shot. I needed

the scope, but I had to be far enough back that I could both not be seen and escape quickly. Through a rear entrance was a set of stairs leading up to a catwalk. I would simply have to shoot, run down the stairs, and get out of there. My getaway vehicle was a simple moped. Fast, nimble, and agile. It'd get me away and quickly. Now here comes the good part. This is why I ended up not being able to kill her.

My moped was in the back ally, I had my little rifle, and the back was completely free of people. I snuck in, ran up the stairs, and assembled my gun. Then, I just waited for the opportune time. Looking through the scope, I could see her singing, dressed as a Valkyrie, singing that classic Wagner opera piece. Funny thing was, I decided to sit there, listening to some of the songs. Then I got my act together and prepared to make the kill. The cross-hairs aligned,



the safety off, a round chambered, this was it. I heard her voice, “ah...ah...ah..... AAHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH!” Just before the high pitched note ended, the lenses in my scope broke. Can you believe that? So it is true that a person can break glass with their voice!

“I’ll let her live.” I murmured, as I went down the stairs to my awaiting moped. “So that’s why her husband’s ears were bleeding when he arranged the hit with me...” I jumped on, and sped away for home.

Copyright 2007 Robert Quintin Penn
Mariana Ramos Venegas

INSTINTO DE PLENITUD

Juan ya lo había visto todo. Estaba desesperado. Sentado en el borde de una terraza en el último piso, miraba atónito a un mundo vacío. Le dolía no haberse dado cuenta antes, ya no quería estar ahí. Quería irse a otro lugar, pero sabía que en todos lados sería igual, era imposible escapar de ese mundo porque tendría que escapar de la vida misma. Pensaba en esa solución. Lo mareaba el olor de la codicia; lo asqueaba el color de la mentira; no quería seguir oyendo las palabras de odio; y no le gustaba cómo se sentía la soledad.

Estaba a un paso de cerrarle la puerta a esa vida que lo aterrorizaba y a ese mundo que odiaba. Cada vez que trataba, ahogaba sus recuerdos con los gritos

de quienes lo miraban desde abajo. No entendía muy bien lo que decían, el sonido se perdía y llegaba débil a sus oídos, tampoco sabía por qué lo hacían, si él nunca los había visto, no los conocía.

Cuando se sintió decidido a dar el paso final, lo interrumpió el sonido, esta vez claro, de una voz conocida, pero ahora triste, melancólica y vacía. Él no quiso voltear a mirarla, ya estaba decidido y no iba a dejar que nadie lo impidiera. Ella se acercó lentamente, no quería provocar alguna reacción imprevista, aunque en ese momento todo parecía inevitable.

Juan no le iba a pedir que se marchara, no quería parecer vulnerable ante la presencia de cualquier persona, ni siquiera de Ana, la mujer que más lo amaba, quien le había dado la oportunidad de ver por primera vez la luz, y quien ahora no quería verlo marcharse en medio de la oscuridad.

Estaba hermosa, aun con su rostro cubierto de lágrimas, todo su maquillaje lo había arrasado la corriente de su llanto. Tenía el mismo vestido de aquella noche, cuando lo hizo desear no querer volver a ver el día. Cuando Ana por fin llegó a su destino, a paso lento, pasó su mano cuidadosamente sobre el hombro de su hijo, él no se movió. Ana tenía tantas cosas que decirle pero sentía que el tiempo corría en su contra.

Juan cerró sus ojos, y logró ser inmune a los desconocidos gritos, al viento que golpeaba fuertemente su cara y a la presencia de su madre.

Había llegado la hora.

Pero antes tenía que recordar nuevamente qué lo había llevado hasta allá. La escena se repitió esta vez más real, más fría, más oscura. La puerta de su casa destrozada. Los gritos aterradores de su madre. El desespero de su padre, mientras corría de un lado a otro para intentar poner a salvo a su familia. Luego, una voz gruesa, aterradora, que se sentía cada vez más cerca. Sus pasos eran tan fuertes, como de gigante, y podía percatarse de la brusquedad de sus movimientos. Al piso, de forma simultánea con las pisadas, cayeron como truenos todos los floreros del pasillo; esa persona quería que se enteraran de su presencia. Mientras más se demoraba en encontrarlos, más maldecía, más duro gritaba, más violentamente se movía.

De repente, la chapa se agitó bruscamente, Juan no entendía por qué ese hombre sabía el nombre de su padre. Diego, en un

último intento por salvar a su familia, los escondió tras un viejo biombo. Los besó. En sus ojos se veía que sabía que dentro de poco conocería su final. Él no hubiera querido que las cosas fueran así. Cuando el hombre por fin pudo abrir la puerta y entrar, Juan intentó gritar pero su voz se resistía a salir, quiso correr para defenderlo, pero todo esfuerzo sería inútil. Ya era demasiado tarde. Un disparo acababa de matar su esperanza.

Cuando Juan volvió a abrir los ojos, se paró en la baranda y dio un paso hacia el vacío, que parecía un poco más lleno que la vida que había dejado atrás. Mientras Ana, en un intento fallido por aferrarlo a ella e interrumpir lo necesario, era invadida, plagada por la eterna soledad que en su futuro la estaba aguardando. La memoria sería su peor enemiga.

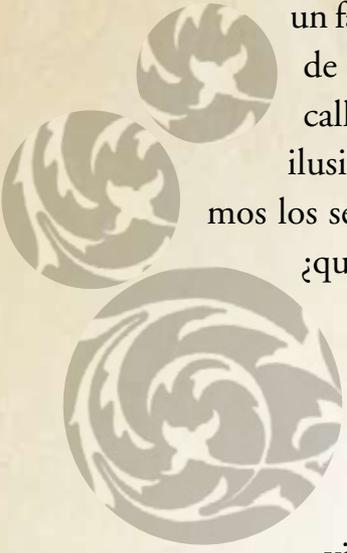
Diez años y un disparo habían sido suficientes para que Juan entendiera cuándo había dejado de ser feliz.

Thomas Carlyle

UN AUTÉNTICO FANTASMA

¿Habría algo más prodigioso que un auténtico fantasma? El inglés Johnson anheló, toda su vida, ver uno; pero no lo consiguió, aunque bajó a las bóvedas de las iglesias y golpeó féretros. ¡Pobre

Johnson! ¿Nunca miró las marejadas de vida humana que amaba tanto? ¿No se miró siquiera a sí mismo? Johnson era un fantasma,



un fantasma auténtico; un millón de fantasmas lo codeaba en las calles de Londres. Borremos la ilusión del Tiempo, compendiamos los sesenta años en tres minutos, ¿qué otra cosa era Johnson, qué otra cosa somos nosotros? ¿Acaso no somos espíritus que han tomado un cuerpo, una apariencia y que luego se disuelven en aire y en invisibilidad?

Alexandra David-Neel

La persecución del maestro

Entonces el discípulo atravesó el país en busca del maestro predestinado. Sabía su nombre: Tilopa; sabía que era imprescindible. Lo perseguía de ciudad en ciudad, siempre con atraso.

Una noche, famélico, llama a la puerta de una casa y pide comida. Sale un borracho y con voz estrepitosa le ofrece vino. El discípulo rehúsa, indignado. La casa entera desaparece; el discípulo queda solo en mitad del campo; la voz del borracho le grita: Yo era Tilopa.

Otra vez un aldeano le pide ayuda para cuerear un caballo muerto; asqueado, el discípulo se aleja sin contestar; una burlesca voz le grita: Yo era Tilopa.

En un desfiladero un hombre arrastra del pelo a una mujer. El discípulo ataca al forajido y logra que suelte a su víctima. Bruscamente, se encuentra solo y la voz le repite: Yo era Tilopa.

Llega, una tarde, a un cementerio; ve a un hombre agazapado junto a una hoguera de ennegrecidos restos humanos; comprende, se prosterna, toma los pies del maestro y los pone sobre su cabeza. Esta vez Tilopa no desaparece.



Flor María Ávila M.

CUENTO SIN NOMBRE

Sara empezó a sentir que se diluía, entonces tuvo que acercarse al espejo para constatar que no era cierto, que seguía viva y en pie. Sin embargo, sospechaba que en cualquier momento vería el hilo de su ser escurrirse por las rendijas del piso de madera, que pronto se encontraría hecha un pozo sobre el polvo seco debajo del tablado.

Volvió a mirarse en el espejo, pero esta vez se fijó en sus ojos, que al principio sólo eran sombras oscuras en el rostro, luego de un esfuerzo, pudo distinguir con claridad su mirada. Entonces respiró profundo, cerró los ojos como por inercia, y los volvió a abrir con fuerza.

Al abrir los ojos, Sara ya no estaba frente a su espejo, sino en medio de un prado verde grande del cual brotaban falsamente flores geométricamente orga-

nizadas. Algunas, acompañadas por helechos, otras por palmitos, pero la mayoría eran ramos de flores de varios colores que no decían nada...

En todos los lugares donde quiera que había flores, había una placa con algún nombre. Cuando Sara leyó el que aparecía en la inscripción que tenía en frente, se quedó perpleja: pues decía: "SARA".

Volvió a cerrar los ojos con más fuerza, pero ya no le fue posible regresar al espejo, entonces comprendió que había sido en vano todo su esfuerzo por no diluirse.

Marco Bruto

LA APUESTA FINAL

No apostaba por plata, lo hacía por el frío y metálico placer de tener siempre la razón. El juego era un reto a su audacia: se sentía inteligente y temerario. El riesgo es la única emoción válida, suspiraba. Exponía su prestigio cubierto por alguna ecuación y, con dinero, sólo bajo el cálculo minucioso de una mayor intensidad. Los filósofos asumen que la razón es esclava de las pasiones; en su caso sucedía al contrario. Los instintos seguían dócilmente al raciocinio y, si la ocasión pintaba propicia, según las probabilidades, se despertaban. De lo contrario, ambición-compuciscencia-venganza, permanecían dormidas y expectantes indicando su presencia con un leve cosquilleo. Con la claridad y distinción de las ideas venció el miedo a los terremotos y el pánico a los aviones; informándose bien y actuando en consecuencia. Con su hijo practicó el méto-



do y funcionó. Cuando el terremoto de enero, le dijo: “colócate bajo el marco de la puerta, los expertos lo indican como el lugar más seguro, imagínate en un columpio cósmico y disfruta los veinte segundos de diversión gratuita.” El razonamiento rápido y la voz calma del padre hipnotizaron al hijo. El sacudón pasó sin sobresaltos. También, mediante el análisis, derrotó el miedo a los aviones. El teorema de Poisson le enseñó que la buena y la mala suerte es un asunto de números. Abordó su primer vuelo a los veintidós años, con algunas fobias y mucho de lógica. Muerto del susto, razonó de esta forma: “La aviación es el medio de transporte más seguro. A diario hay miles de vuelos donde no pasa nada y no tenemos noticia”. No news, good news. “Cada cierto tiempo sabemos de tragedias en algún lugar del mundo que, al sumarse, incendian nuestra temerosa imaginación animal; una posibilidad en millones es el premio mayor de esa nefasta lotería. Y Noventa y nueve de cada cien accidentes, ocurren en los dos minutos del despegue o del decolaje, lo demás es vuelo tranquilo”. De ahí concluyó: “por tanto, me asustaré sólo cuatro minutos durante el vuelo; y, en el intermedio a gozar de la vida” En su caso, solucionar algún rompecabezas matemático. Y así lo hizo. El triunfo sobre los instintos lo redondeó con la ayuda estoica, ese maravilloso sistema experimental de ética.

Practicó durante años, como Descartes, el principio: Debemos desear lo inevitable, aunque sean desgracias, anhelando al momento del despegue, una mayor velocidad, incrementada al vértigo. Y en el decolaje, más y más rápida la caída. Desaparecieron los síntomas del terror, incluso la sensación llegó a disfrutarse al extremo de convertirse en frustración y hastío al no darle ‘la talla’ el acelerador y el freno de los aviones.

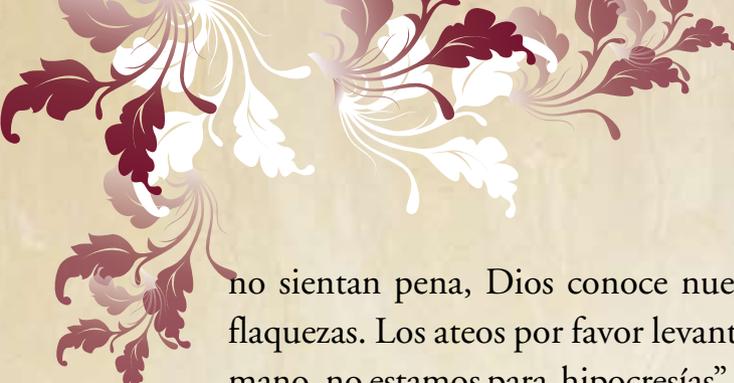
Venía de Cali para Bogotá en un vuelo nocturno. El ding dong del altoparlante anunció la voz del piloto. Ya habían pasado las azafatas con sus instrucciones somnolientas acerca de cinturones de seguridad, bolsas de oxígeno y salidas de emergencia que nadie atiende. Ding dong: “Señores les habla el capitán, viajan a bordo de un Boeing 747; el recorrido total del vuelo es de cuarenta minutos, nos encontramos sobre Ibagué y en instantes, sentirán un giro a la derecha, nos internaremos en la Cordillera Oriental rumbo a Bogotá. Habrá turbulencia leve. Gracias por escoger nuestra aerolínea.” La turbulencia fue fuerte y nadie se alarmó. La información, aunque sea falsa, desarma. Un temblor brusco se prolongó más de lo anunciado; para ser exactos iba en aumento. Paradójicamente, pensó, el silencio que se escucha no es ni un síntoma a favor ni en contra de una tragedia. La vibración corrió a lo largo del aparato y del alma de los pasajeros. En segundos



todo estaba claro: la confusión era total. Un tripulante balbuceó por el altoparlante: 'ding dong' y no se le entendió la súplica; trataba de irradiar calma con la voz quebrada. Las azafatas, tan compuestas al momento del sándwich, pasaban corriendo con sus tacones planos, de un lado a otro del avión, en un movimiento frenético e inútil. El pico del aparato se inclinaba. 'Ding dong': "perdemos altura, una turbina cesó en su esfuerzo y nos coloca en posición de alerta" dijo, con tres eufemismos, el copiloto.

El razonador, a diferencia de los pilotos, sí estaba preparado para este momento. "No serán más de cinco minutos", calculó el ingeniero de vuelo. "De todos modos siempre es mejor guardar las esperanzas" y su alma se metió en la concha del terror. Cinco minutos eran la eternidad, igual cuatro o seis, razonaba. En el infinito la adición pierde sentido.

Infinito más uno, o más dos, o menos mil da igual: infinito. Era la eternidad y era el fin; un instante después no serían siquiera polvo sobre polvo. Como los fumadores, como los motociclistas no sólo sabían de qué morirían, sabían cuándo. Todos se preparaban. El último ritual comenzaba: unos la cédula en el bolsillo para evitar dolores adicionales a la familia; otros besos desesperados a los crucifijos, escapularios o imágenes de billetera; los conocidos se abrazaban derrotados; los ancianos, adicionalmente, se acomodaban la corbata, sin advertir la insensatez del ademán. La luz y el aire fluían normalmente. El jugador se atrevió, ahora o nunca, y con voz fuerte y tranquila los retó: "No pierdan el tiempo implorando, no cambiarán el curso del avión, ni reactivarán la 'turbina cesante'. Los que crean en Dios arreglen sus cuentas. Los que no, cambien de bando;



no sientan pena, Dios conoce nuestras flaquezas. Los ateos por favor levantar la mano, no estamos para hipocresías”. Nadie la levantó. “Ya veo, ando entre gente piadosa; los entiendo, los perdono y les apuesto. Pascal probó la conveniencia de creer en Dios: si Él existe y no creemos, nos condenamos; mas si no existe y creemos, nada perderemos. Pues no. No creo en demonios. Niego a Dios, y contrario a mi estilo, apuesto a pérdida. Si Dios existe, cóbremenla en el más allá, mi blasfemia me condena; y, si no existe, gano, pero no habrá nadie para saberlo. Mi triunfo coincidirá con la nada. Aunque a pérdida, juego. Mi naturaleza lo exige. Prefiero perder un hipotético cielo a mi dignidad, efímera y real.” Todos callaron y el avión se estrelló.

El olor de anestesia, mugre y alcohol abrieron una rendija en su conciencia. No se confundió con una estadía en el

cielo; sabía leer desde el fondo de su cerebro de evidencias que había sobrevivido al choque y la apuesta quedaba inconclusa. Supuso, premisa no explícita, que al menos dos morirían él incluido, y no se cumplió. En su ánimo verificador se lamentó: “Hasta a los buenos positivistas se nos escapa un dato”. Mientras pensaba, si la creencia en Dios es verificable y su no-existencia apenas es falsable, se impone una conclusión a los empiristas: creer en Dios. Así entre la lógica y la agoría retornó a la fe de sus abuelos. Que ironía, deducía, lo que no logró el cura Garavito en tantos años de catequesis lo viene a establecer un simple silogismo convaleciente. Su conciencia estaba tranquila, guardaba un as bajo la manga. De haber perdido, no se condenaría, pues por andar calculando, midiendo y experimentando, su porcentaje de pecados era muy bajo comparado con el de muchos creyentes piadosos.

René Avilés Fabila

Los fantasmas y yo

Siempre estuve acosado por el temor a los fantasmas, hasta que distraídamente pasé de una habitación a otra sin utilizar los medios comunes.



DE COSAS ... DE LA VIDA





ANTOLOGÍA DE JOSÉ MIGUEL OVIEDO



LITERATURA. MADRID: ALIANZA EDITORIAL, 1992

1. "LA LEYENDA DE LA TATUANA". MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS (1899-1974)

2. "VIAJE A LA SEMILLA". ALEJO CARPENTIER (1904-1980)

3. "CANGREJOS, GOLONDRINAS". JOSÉ LEZAMA LIMA (1910-1976)

4. "BIENVENIDO, BOB" Y "EL INFIERNO TAN TEMIDO".

JUAN CARLOS ONETTI (1909-1994)

5. "CASA TOMADA" Y "LA AUTOPISTA DEL SUR". JULIO CORTÁZAR (1914-1984)

6. "NO OYES LADRAR PERROS". JUAN RULFO (1918-1986)

7. "DOS CARTAS". JOSÉ DONOSO (1924)

8. "LA MUÑECA REINA". CARLOS FUENTES (1928-)

9. "UN DÍA DE ESTOS" Y "UN SEÑOR MUY VIEJO CON UNAS ALAS ENORMES".

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ (1928-)

10. "DÍA DOMINGO". MARIO VARGAS LLOSA (1936-)

11. "CINE PRADO". ELENA PONIATOWSKA (1933-)

12. "EL VIENTO DISTANTE". JOSÉ EMILIO PACHECO (1939-)

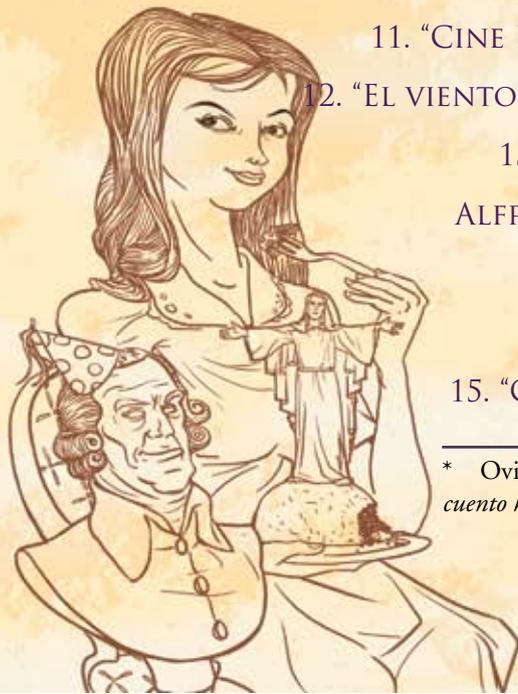
13. "CON JIMMY, EN PARACAS".

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE (1939-)

14. "LA MUÑECA MENOR".

ROSARIO FERRÉ (1942-)

15. "COCORA". ÁLVARO MUTIS (1923-)



* Oviedo, José Miguel. "2. La gran síntesis y después". En: *Antología crítica del cuento hispanoamericano del siglo XX*: (1920-1980).

Ricardo Arturo Peñuela Ordóñez

El cargo más alto de Bogotá

Don Pablo E. Murcia estaba pensativo, pues su hijo había decidido formarse para ser un caballero de Dios en el Seminario Pío Latino de Roma. Don Pablo esperaba que su hijo lo reemplazara en los altos cargos del gobierno; que al igual que él fuera Tesorero General de la nación, y confiaba en que hasta presidente podría llegar a ser. Lo anterior por la educación que había recibido y el roce social que el dinero podía pagar. No obstante, en lugar de estudiar derecho, ingeniería o arquitectura en la Universidad Real de Milán, había escogido llevar una vida de servicio y humildad.

Además don Pablo estaba afligido porque Carlos, el hijo de su Némesis el Ministro de Agricultura, empezaba su carrera lanzándose al Concejo de Bogotá y tenía asegurada la curul gracias a la promesa de un conocido empresario y los votos de sus empleados, de la cervecería más poderosa del país en ese entonces, dueña absoluta de los tristes destinos de las familias habitantes de los populares barrios de la Perseverancia y

Egipto. A esto se sumaba el hijo de su amigo y compañero de escoceses del Jockey Club, Pachito Saín, a quien le habían conseguido un puesto de corbata, pero muy cercano al Presidente, como Consejero Presidencial para la Ética y Moral Juvenil.

¿Cómo darle solución a su dilema?, ¿qué cargo debía conseguirle a su hijo, puesto que no era ni ingeniero ni abogado? y ¿qué puesto digno y a la altura de su ser y sus congéneres podría ocupar? Ya que cambió los cócteles y tertulias del club con los Holguín, los Zaldua y los García, por los convidados de los Guachetá, los Apraez y los Garnica al tono de un buen sudado de gallina. Frente a estos interrogantes, el señor Murcia se acordó de un ‘favorcillo’ hecho al Arzobispo por unos impuestos de tipo personal, e inmediatamente dijo: “ya sé quién me lo puede ubicar”.

Don Pablo pidió una audiencia con el señor Arzobispo, y este último lo recibió; creía que se trataba del tema de la obra del cerro de Guadalupe. Sin embargo, el tema puesto por don Pablo fue la solicitud del cargo más alto de la Arquidiócesis, para que le fuera asignado a su hijo recién llegado, el padre Jorge. El señor Arzobispo

lo miró con asombro, “¿el puesto más alto?” El Arzobispo pensó en el caso de los hermanos discípulos de Jesús, para quienes la mamá había pedido los puestos de la derecha y la izquierda en el Reino de los Cielos. Un silencio los dejó a los dos pensativos. “El cargo más alto... ¿será el de Arzobispo?, ¿qué le pasará a Don Pablo?” —pensó el Arzobispo. El silencio se rompió con una pregunta de éste, “explíqueme bien lo que me quiere pedir”. “Sí su Excelencia, como le digo: el puesto más alto de la curia, el de capellán del cerro de Guadalupe, pues como usted sabe estamos adelantando la obra de reconstrucción de la iglesia que fue destruida en el terremoto pasado, y es bueno contar con la ayuda de un sacerdote para orientar el desarrollo de la obra” —anotó don Pablo. La risa no dejó seguir hablando a Don Pablo, y el Arzobispo respirando profundo y riendo dejó salir un: “claro que sí, ese es el oficio que puedo darle al padrecito, para que

entrene en el ejercicio físico y promueva espiritualmente a los bogotanos para la magna obra del cerro tutelar”.

No se sabe quién descansó más, si el pobre Arzobispo que se alcanzó a sentir sin saber qué hacer, o Don Pablo quien logró lo que quería para su curita.

Y así fue como empezó su carrera el sacerdote que llegaría a Monseñor y quien transformó ese templo de tono rústico y simple del cerro de Guadalupe, en la única iglesia que sirve de base a tan grande representación de la Virgen en el mundo, o por lo menos en Colombia.

Monseñor Jorge Murcia Riaño, Caballero de Dios, dedicó su vida a la juventud bogotana y hoy en día se encuentra en proceso de beatificación, para lo cual fue designado como biógrafo a otro gran Caballero, el padre Juan Guillermo García Álvarez, a quien agradezco no solo el haberme contado esta historia, sino las grandes enseñanzas de obra y vida de los Caballeros de Dios.

Augusto Monterroso

Fecundidad

Hoy me siento bien, un Balzac; estoy terminando esta línea.

Arthur Walley

Una nostalgia

Al avanzar hacia el patíbulo, Li Su dirigió estas palabras a su hijo:
—Ah, si estuviéramos en Shangts'ai, cazando liebres con nuestro perro blanco.

Franz Kafka

Transeúntes

Cuando se sale a caminar de noche por una calle, y un hombre, visible desde muy lejos —porque la calle es empinada y hay luna llena—, corre hacia nosotros, no lo detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; lo dejamos pasar.

Porque es de noche, y no es culpa nuestra que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarle, y no queremos ser cómplices de un crimen, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y se dirigen corriendo por su cuenta hacia la calma, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero lleva armas.

Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

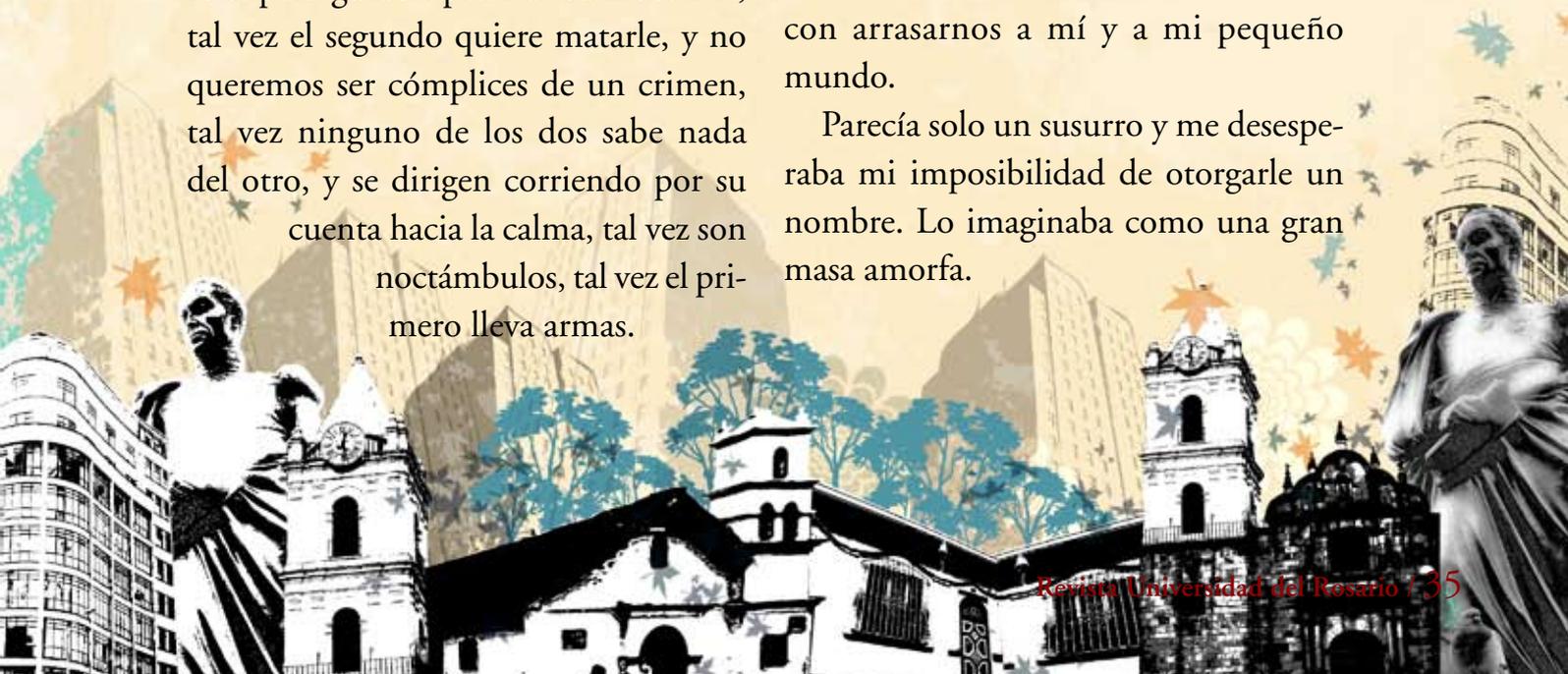
Magaly Rocío Pabón Robayo

Esa masa amorfa

Pruebo un poco de torta mojada en vino, agridulce, que me recuerda aquel día blanco y beatífico.

No podía yo vislumbrar más allá de esa atmósfera clerical un algo indescifrable para mi mente niña. No obstante, ese algo subyacía a todo, lo abarcaba todo. Como un inmenso océano amenazaba con arrasarnos a mí y a mi pequeño mundo.

Parecía solo un susurro y me desesperaba mi imposibilidad de otorgarle un nombre. Lo imaginaba como una gran masa amorfa.



La presentía en las oscuras calles de mi barrio, en los pasos que parecían seguirme y desaparecían tan pronto volteaba. La presentía en los trajes oscuros, los gritos de las cantinas, las tardes grises y la lluvia pertinaz, en los silencios de mis padres, los suspiros de la noche, los suaves pasos de las monjas y en las malas caras en la iglesia.

Sentía malestar... ¿por qué ese algo in-nominado parecía ahogar la dulce alegría de mi infancia? No lo entendía.

Y ese algo llegó... Un día miraba por la ventana al horizonte. Sí, lo recuerdo bien. Mi infancia acabó. Una turba arremolinada. La violencia apenas comenzaba.

Mark Twain

Gemelos

Éramos gemelos mi hermano Billy y yo, hasta que un día, en la tina, se ahogó uno de los dos. Y desde entonces no he sabido nunca si el muerto era Billy o era yo.

Sergio Flores

Prejuicios útiles

Ahmed Raad Talib se preparaba para hacer su oración del Maghrib, cuando la puerta voló por los aires. La soledad bulliciosa de su nueva casa en Belalcázar, en la que no se sentía tan cómodo, fue interrumpida por el trotar de las botas de los equipos especiales y los gases lacrimógenos.

El señor Ahmed extrañaba su carpa en Allahabad; pero no podía negarse a la complacencia de su hijo Abu Talib, que no escatimó esfuerzos para reunir el dinero suficiente y comprarle a su padre una casa con un gran jardín en donde pudiera cultivar berenjenas, como él siempre había soñado.

Abu Talib trabajaba y estudiaba de sol a sol en Madrid, para que su padre tuviera todo lo que necesitara y fuera feliz, como la ley de Alá lo ordena. Aunque no estuvieran juntos, para él, su padre era su héroe. Él le enseñó todo lo que sabía, le había inculcado la importancia de su origen, del que estaba muy orgulloso. Aunque, después de lo que había pasado en marzo, defender ese origen le traía muchos problemas.

Abu siempre le contaba a todo el mundo las hazañas de su padre: de cómo salieron de su aldea cuando un Marine la destruyó por equivocación, lanzando bombas a diestra y siniestra. Ya el señor Ahmed estaba muy viejo y era el turno de que el hijo viera por su padre, tarea que Abu estaba cumpliendo de muy buen agrado. Ese día sin nada más que hacer y con la desesperación típica de la senectud recién adquirida, el señor Ahmed llamó a su hijo para decirle que agradecía su esfuerzo por comprarle la casa que él quería, pero que ésta era demasiado grande para él solo y que su vejez le impedía arar la tierra para cultivar sus berenjenas.

—Tienes razón Padre –contestó Abu– con voz algo temerosa, veré qué puedo hacer, pero sabes que desde acá no puedo voltear la tierra del jardín.

—Sabes que es muy fácil –contestaba el señor Ahmed– pero los choques eléctricos en Faluya han inmovilizado mi espalda.

—Lo sé padre, ya veré qué hago para que alguien te ayude, pero recuerda que por nada del mundo debes dejar que alguien vea lo que tengo enterrado allí.

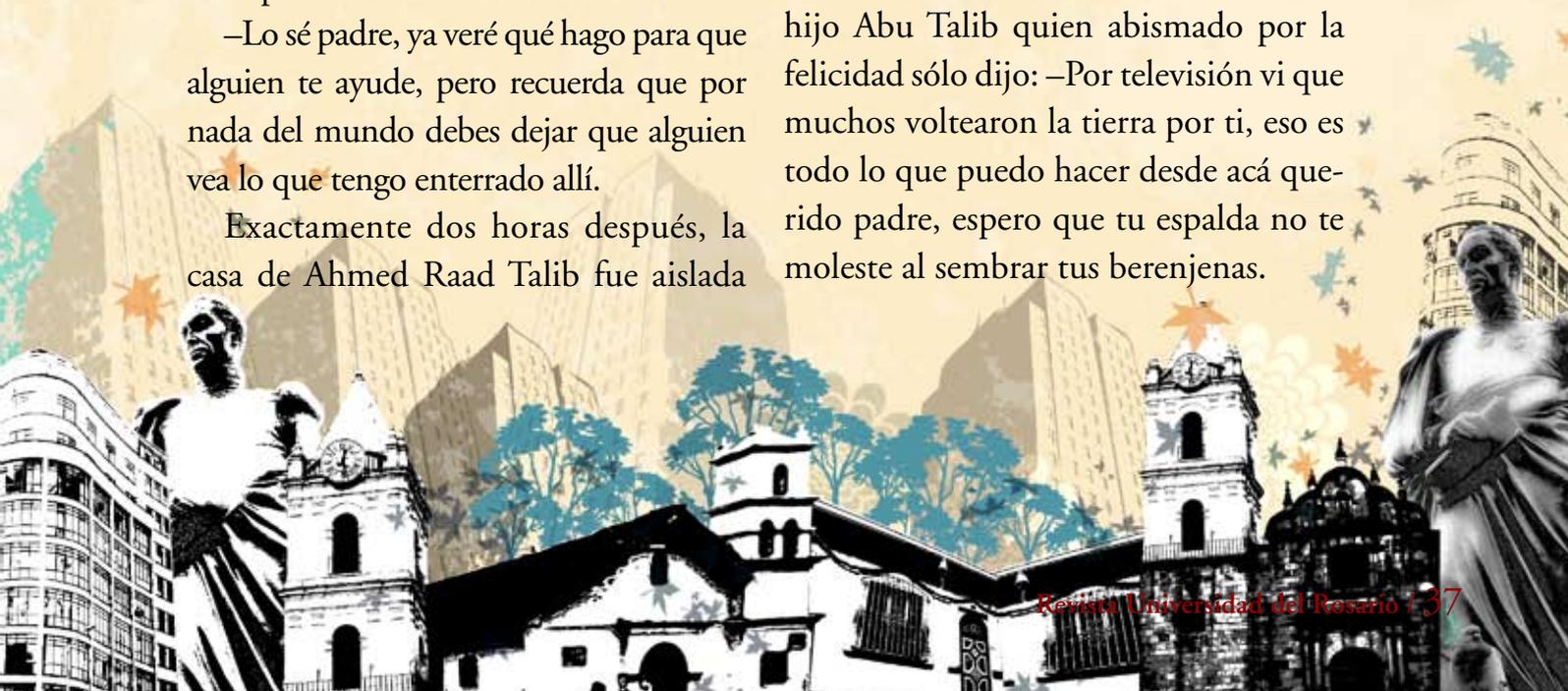
Exactamente dos horas después, la casa de Ahmed Raad Talib fue aislada



de las demás con la cinta amarilla de acordonamiento policial; todo tipo de cuerpos de seguridad, tanto nacionales como los internacionales, registraba la zona del jardín, la escudriñaron de abajo hacia arriba y viceversa, pero no encontraron nada.

Con tanto ajetreo, la tranquilidad del señor Ahmed era impresionante, ni siquiera lo había inmutado el abuso de voltear su casa entera y el jardín. Las agencias de noticias registraron una crisis comparable a la del 62 por el temor de una catástrofe con armas biológicas, y el señor Ahmed permanecía incólume al asunto.

Poco después, cuando todo se calmó, se escuchó el sonido del teléfono, era su hijo Abu Talib quien abismado por la felicidad sólo dijo: –Por televisión vi que muchos voltearon la tierra por ti, eso es todo lo que puedo hacer desde acá querido padre, espero que tu espalda no te moleste al sembrar tus berenjenas.



—Gracias hijo y que Alá, el clemente y misericordioso, te bendiga por eso.

Jorge Amado

El busto

En el lugar donde vivo hay un busto mío que a veces desaparece. Dicen que mis amigos lo roban cuando se van de farra como hicieron los amigos de Quincas con Quincas cuando murió. Llevan el busto para que yo participe en las fiestas. Yo soy un hombre ya de cierta edad y quizá no debería participar en estas cosas, pero si me llevan, yo no puedo impedirlo.

Fernando Pessoa

Viajar (Extracto)

La vida es un viaje experimental, hecho involuntariamente. Es un viaje del espíritu a través de la materia y, como es el espíritu quien viaja, es en él donde se vive. Hay, por eso, almas contemplativas que han vivido más intensa, más extensa, más tumultuosamente que otras que han vivido externas. El resultado lo es todo. Lo que se ha sentido ha sido lo que se ha vivido. Uno se recoge de un sueño como de un trabajo visible.

Nunca se ha vivido tanto como cuando se ha pensado mucho.

Quien está en el rincón de la sala baila con todos los bailarines. Lo ve todo y, porque lo ve todo, lo vive todo. Como todo, en sùmula y ultimidad, es una sensación nuestra, tanto vale el contacto con un cuerpo como su visión o, incluso, su simple recuerdo. Bailo, pues, cuando veo bailar. Digo, como el poeta inglés, al narrar que contemplaba, tumbado en la hierba, a tres segadores: “Un cuarto está segando, y ése soy yo”.

Viene todo esto, que va dicho como va sentido, a propósito del gran cansancio, aparentemente sin causa, que ha descendido hoy súbitamente sobre mí. Estoy, no sólo cansado, sino amargado, y la amargura es también desconocida. Estoy, tan angustiado, al borde del llanto —no de lágrimas que se lloran, sino que se reprimen, lágrimas de una enfermedad del alma que no de un dolor sensible.

¡Tanto he vivido sin haber vivido!
¡Tanto he pensado sin haber pensado!
Pesán sobre mí mundos de violencias paradas, de aventuras tenidas sin movimiento. Estoy harto de lo que nunca he tenido ni tendré, tedioso de dioses por existir. Llevo conmigo las heridas de todas las batallas

que he evitado. Mi cuerpo muscular está molido del esfuerzo que no he pensado en hacer...

Empañado, mudo, nulo... el cielo alto es el de un verano muerto, imperfecto. Lo miro como si no estuviese allí. Duermo lo que pienso, estoy echado andando, sufro sin sentir. Mi gran nostalgia lo es de nada, es nada, como el cielo alto que no veo, y que estoy mirando impersonalmente (...).

Zhuang Zi

El arte de matar dragones

Zhu Pingman fue a Zhili Yi para aprender a matar dragones. Estudió tres años y gastó casi toda su fortuna hasta conocer a fondo la materia.

Pero había tan pocos dragones que Zhu no encontró dónde practicar su arte.

Nathaly Jiménez Reinales

Estado somnoliento

... A las 22h00 ya los niños dormían, yo estaba en la ventana viendo cómo comenzaba a oscurecer, sintiéndome feliz de ver el sol aún a esa hora vefectos del verano. Salí de allí a las 23h30 y tomé el metro de vuelta, a esa hora ya no hay tanta gente, así que no había posibilidad de desesperarme por el olor.

Sentada en el metro, comencé a recordar el por qué de mi preocupación, mi mamá me había llamado en la mañana para decirme que había perdido el trabajo, que mi papá no aparecía y que mi hermano había comenzado a fumar. Sin embargo, más allá de esas circunstancias lo que realmente me causó preocupación fueron sus últimas palabras: "tú eres nuestra fuerza". No me salió ni una sola palabra cuando me dijo eso. Sólo pensé que mi fuerza cada vez se debilita aquí y que debía hacer algo para no permitir que la debilidad se extendiera. Mientras pensaba en eso, una muchacha sentada al frente mío, hablaba por celular y de repente pronunció unas

palabras que no he podido dejar de repetir: “Estoy tan lejos de lo mío y tan cerca de lo que soy”, lo dijo en español, tal vez por eso las sentí tan mías. Salí del metro repitiendo esa frase una y otra vez, pensando si es así como me siento y llegué a la conclusión de que aquí, yo estoy más cerca de lo que soy, porque me siento diferente. Y sentirme diferente me hace fuerte.

Faltaban unos metros para llegar al *deux pièces* donde vivo, cuando dos personajes — aparentemente árabes—, salieron de uno de los restaurantes que hay en la misma calle por la que yo caminaba, se pararon frente a mí para impedirme pasar y por primera vez, aun estando sola, no sentí miedo, empujé a uno de ellos tan fuertemente que logré pasar y entrar a la puerta principal del edificio donde habito.

Me dispuse a subir los siete pisos rápidamente, pero estando en el cuarto no pude evitar detenerme al ver a uno de los ancianos japoneses salir del baño colectivo desnudo. Ya no supe cómo reaccionar, pero creo que mi cara ha comenzado a generar gestos de desagrado permanentes. Continué subiendo y llegué al séptimo piso, el humo del cigarrillo del vecino ya había comenzado a extenderse otra vez.

Entré.

Allí estaba Lucie, mi coloc —persona con la que comparto el *deux pièces*—, sentada en la misma posición de todas las noches, con su taza de té en las manos, mirando hacia un punto que aún no logro descifrar. La saludé, le conté la historia de los “aparentemente árabes” y dejé que siguiera en su manifestación de estado somnoliento.

Entré al baño, me miré en el espejo, me vi más gorda _como todos los días_ y maldije la pasta y el pan de chocolate que no puedo dejar de comer, uno porque es lo más rápido que se puede cocinar y el otro porque es muy rico. En fin, me quité los zapatos y ahí estaba el olor insistiendo en permanecer, pensé: es psicológico, mañana ya no lo voy a sentir, saqué los zapatos por la ventana y los dejé afuera para que se ventilaran —ojalá pudiera hacer lo mismo con mi cabeza.

Es la 1h30 de la mañana, y he decidido contarle a mi obsoleto computador cómo estuvo mi día, mientras un estado somnoliento me atrapa cada vez en medio de una inevitable fatalidad y al mismo tiempo me colma de motivos para clamar por la conciencia de lo que no se puede ser, de lo que no se quiere ser, de lo que se es estando lejos.

*De
lugares
extraños*





ANTOLOGÍA DE JUAN GUSTAVO COBO BORDA



1. "EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS". ANTÓN CHÉJOV
2. "SOLO". GUY DE MAUPASSANT
3. "ÁFRICA MÍA". ISAAC DINESEN
4. "LA VIDA CORTA Y FELIZ". ERNEST HEMINGWAY
5. "LOS PERROS LADRAN". TRUMAN CAPOTE
6. "EL RAYO QUE CAYÓ DOS VECES". AUGUSTO MONTERROSO
7. "EL PRÓXIMO MES ME NIVelo". JULIO RAMÓN RIVEYRO
8. "MEJOR QUE ARDER". CLARICE LISPECTOR
9. "UN DÍA DE ESTOS". GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
10. "EL ÚLTIMO ROSTRO". ÁLVARO MUTIS



* Para lograr esta edición, Juan Gustavo Cobo Borda, poeta y ensayista colombiano, nos colaboró con la lista de sus cuentistas favoritos. Cualquier cuento de ellos es fabuloso, dijo. Nosotros mencionamos uno en cada caso. Gracias, Juan Gustavo.

Virgilio Piñera

En el insomnio

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarro. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormirse. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pido consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto, pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

William Ospina

A ROMA

Cuando Tomás de Aquino iba hacia Roma, vio venir al pueblo elegido.

—Deteneos— gritó. Roma está a vuestras espaldas.

—Otra es la ciudad que buscamos— dijo desde su barba el Patriarca.

—Nada hallaréis por este rumbo,— les respondió Tomás —sino barro y

arena. Roma, en cambio, es templos y ángeles.

—No queremos encontrar templos y ángeles— dijo el Patriarca. —Queremos barro y arena para hacerlos.

Tomás de Aquino siguió su camino en silencio, pero no llegó a Roma.

Jorge Luis Borges

El desierto

A unos trescientos o cuatrocientos metros de la Pirámide me incliné, tomé un puñado de arena, lo dejé caer silenciosamente un poco más lejos y dije en voz baja: Estoy modificando el Sahara. El hecho era mínimo, pero las no ingeniosas palabras eran exactas y pensé que había sido necesaria toda mi vida para que yo pudiera decirlas. La memoria de aquel momento es una de las más significativas de mi estadía en Egipto.

1982

Un cúmulo de polvo se ha formado en el fondo del anaquel, detrás de la fila de libros. Mis ojos no lo ven. Es una telaraña para mi tacto.

Es una parte ínfima de la trama que llamamos la historia universal o el proceso cósmico. Es parte de la trama que abarca estrellas, agonías, migraciones, navegaciones, lunas, luciérnagas, vigiliadas, naipes, yunques, Cartago y Shakespeare.

También son parte de la trama esta página, que no acaba de ser poema, y el sueño que soñaste en el alba y que ya has olvidado.

¿Hay un fin en la trama? Schopenhauer la creía tan insensata como las caras o los leones que vemos en la configuración de una nube. ¿Hay un fin de la trama? Ese fin no puede ser ético, ya que la ética es una ilusión de los hombres, no de las inescrutables divinidades.

Tal vez el cúmulo de polvo no sea menos útil para la trama que las naves que cargan un imperio o que la fragancia de nardo.

Ginebra

De todas las ciudades del planeta, de las diversas e íntimas patrias que un hombre va buscando y mereciendo en el decurso de los viajes, Ginebra me parece la más propicia a la felicidad. Le debo, a partir de 1914, la revelación del francés, del latín, del alemán, del expresionismo, de Schopenhauer, de la doctrina del Buddha, del Taoísmo, de Conrad, de Lafcadio Hearn y de la nostalgia de Buenos Aires. También la del amor, la de la amistad, la de la humillación, y la de la tentación del suicidio. En la memoria todo es grato, hasta la desventura. Esas razones son personales; diré una de orden general. A diferencia de otras ciudades, Ginebra no es enfática. París no ignora

que es París, la decorosa Londres sabe que es Londres, Ginebra casi no sabe que es Ginebra. Las grandes sombras de Calvino, de Rousseau, de Amiel y de Ferdinand Hodler están aquí, pero nadie las recuerda al viajero. Ginebra, un poco a semejanza de Japón, se ha renovado sin perder sus ayer. Perduran las callejas montañosas de la Vieille Ville, perduran las campanas y las fuentes, pero también hay otra gran ciudad de librerías y comercios occidentales y orientales.

Sé que volveré siempre a Ginebra, quizá después de la muerte del cuerpo.

Jorge Luis Borges

UNA PESADILLA

Cerré la puerta de mi departamento y me dirigí al ascensor. Iba a llamarlo cuando un personaje rarísimo ocupó toda mi atención. Era tal alto que yo debí haber comprendido que lo soñaba. Aumentaba su estatura un bonete cónico. Su rostro —que no vi nunca de perfil— tenía algo de tártaro o de lo que yo imagino que es tártaro y terminaba en una barba negra, que también era cónica. Los ojos me miraban burlonamente. Usaba un largo sobretodo negro y lustroso, lleno de grandes discos blancos. Casi tocaba el suelo. Acaso sospechando que soñaba, me atreví a preguntarle no sé en qué idioma por qué vestía de esa manera. Me sonrió con sorna y se desabrochó el sobretodo. Vi

que debajo había un largo traje enterizo del mismo material y con los mismos discos blancos, y supe —como se saben las cosas en los sueños— que debajo había otro.

En aquel preciso momento sentí el inconfundible sabor de la pesadilla y me desperté.

Los sueños

Mi cuerpo físico puede estar en Lucerna, en Colorado o en El Cairo, pero al despertarme cada mañana, al retomar el hábito de ser Borges, emerjo invariablemente de un sueño que ocurre en Buenos Aires. Las imágenes pueden ser cordilleras, ciénagas con andamios, escaleras de caracol que se hunden en sótanos, médanos cuya arena debo contar, pero cualquiera de esas cosas es una bocacalle precisa del barrio de Palermo o del Sur. En la vigilia estoy siempre en el centro de una vaga neblina luminosa de tinte gris o azul; veo en los sueños o converso con muertos, sin que ninguna de esas dos cosas me asombre. Nunca sueño con el presente, sino con un Buenos Aires pretérito y con las galerías y claraboyas de la Biblioteca Nacional, en la calle México. ¿Quiere todo esto decir que, más allá de mi voluntad y de mi conciencia, soy irreparablemente, incomprensiblemente porteño?

Madrid, julio de 1982

El espacio que puede ser parcelado en varas, en tardas o en kilómetros; el tiempo de la vida no se ajusta a medidas análogas. Acabo de sufrir una quemadura de primer grado; el médico me dice que debo permanecer diez o doce días en esta impersonal habitación de un hotel de Madrid. Sé que esa suma es imposible; sé que cada día consta de instantes que son lo único real y que cada uno tendrá su peculiar sabor de melancolía, de alegría, de exaltación, de tedio o de pasión. En algún verso de sus Libros Proféticos, William Blake aseveró que cada minuto consta de sesenta y tantos palacios de oro con sesenta y tantas puertas de hierro; esta cita sin duda es tan aventurada y errónea como el original. Parejamente el Ulysses de Joyce cifra las largas singladuras de la Odisea en un solo día de Dublín, deliberadamente trivial.

Mi pie me queda un poco lejos y me manda noticias, que se parecen al dolor y no son el dolor. Siento ya la nostalgia de aquel momento en que sentiré nostalgia de este momento. En la memoria el dudoso tiempo de la estadía será una sola imagen. Sé que voy a extrañar ese recuerdo cuando esté en Buenos Aires. Quizá esta noche sea terrible.

Juan Guillermo Duque

EN LA CALLE

Cuando descubrió que sólo le quedaba un billete de dos mil pesos en el bolsillo, se dio cuenta de que ya había desperdiciado todo lo que tenía y que era demasiado tarde. Las calles frías y sombrías surgieron de forma implacable alrededor de sus pasos, y ahora se derrumbaba con la cara hacia el pavimento. Pudo haber sido acuchillado por un feroz delincuente que considerara risible la suma que obtenía con su trabajo. Nada de eso era un secreto para él, sin embargo no le preocupaba; estaba ebrio. Caminante solitario. Pobre hombre que se da cuenta de su pequeñez, de que no vale nada en absoluto.

Tomó asiento en una banquilla. Invitó a una callejera para que se sentara a su lado, una desconocida a quien comentaba entre risas su situación. Ella lo abandonó; no tenía con qué pagar su tiempo. Así las cosas —pensó—, lo mejor sería sacar dinero del cajero. Al acercarse a uno se dio cuenta de que ni siquiera tenía sus documentos, estaba en la calle, en la calle. Sacó un cigarro, y siguió su torcido camino hacia ninguna parte. Horas antes tenía dinero, pero lo había desperdiciado. No obtuvo nada, se quedó dormido y además, le vaciaron los bolsillos. Cuando despertó, recordó confusamente lo que había pasado y bendijo que no se llevaran sus cigarros. Así es la vida, repetía mien-

tras le entregaba al ladrón lo poco que le quedaba, así es la vida, mientras expiraba su última bocanada de humo.

Ítalo Calvino

Las ciudades y el deseo

De dos maneras se llega a Despina: en barco o en camello. La ciudad se presenta diferente al que viene de tierra y al que viene del mar.

El camellero que ve despuntar en el horizonte del altiplano los pináculos de los rascacielos, las antenas radar, agitarse las mangas de ventilación blancas y rojas, echar humo las chimeneas, piensa en un barco, sabe que es una ciudad pero la piensa como una nave que lo saque del desierto, un velero que esté por partir, con el viento que ya hincha las velas todavía sin desatar, o un vapor con la caldera vibrando en la carena de hierro, y piensa en todos los puertos, en las mercancías de ultramar que las grúas descargan en los muelles, en las hosterías donde tripulaciones de distinta bandera se rompen la cabeza a botellazos, en las ventanas iluminadas de la planta baja, cada una con una mujer que se peina.

En la neblina de la costa el marinero distingue la forma de una giba de camello, de una silla de montar bordada de flecos brillantes entre dos gibas man-

chadas que avanzan contoneándose, sabe que es una ciudad pero la piensa como un camello de cuyas albardas cuelgan odres y alforjas de frutas confitadas, vino de dátiles, hojas de tabaco, y ya se ve a la cabeza una larga caravana que lo lleva del desierto del mar hacia el oasis de agua dulce a la sombra dentada de las palmeras, hacia palacios de espesos muros encalados, de patios embaldosados sobre los cuales bailan descalzas las danzarinas, y mueven los brazos un poco dentro del velo, un poco fuera.

Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone; y así ven el camellero y el marinero a Despina, ciudad de confín entre dos desiertos.

Lincoln Bent

EN MONTREAL

Como internacionalista siempre había hecho una evaluación categórica de la masacre de Rwanda entre Hutus y Tutsis. Por inercia calificaba el hecho como una de las mayores barbaries que había visto la humanidad, en un acto que dejaba sin piso el humanismo de los humanos. Todo eso cambió drásticamente cuando conocí a Carmen, la hija de un Ministro Hutu quien hoy vive exiliada en Canadá por temor a que hagan con ella lo mismo que el gobierno, del que su padre formó parte, hizo con los Tutsis.

Los primeros relatos vívidos que tuve

sobre el conflicto en Rwanda vinieron de Popo, un cantante Tutsi que conocí en Montreal, quien hablaba constantemente de la crueldad de los hechos y que superaban cualquier relato que haya leído al respecto. Cada vez que lo veía, me comentaba que algún miembro de su familia había sido asesinado por los machetes y hachas de las milicias Hutu, y los que mejor suerte tuvieron, fueron ultimados rápidamente con un tiro en la cabeza. Eso lo único que hizo fue reforzar la noción de la inclemencia con la que el gobierno Hutu había manejado el inconformismo de los Tutsis, razón por la cual sus miembros merecían ser juzgados con la mayor severidad posible. Éste es, básicamente el dogma que se predica sobre el tema en la teoría de las relaciones internacionales.

Carmen apareció en escena durante una fiesta de la Asociación de Estudiantes Africanos de la Universidad de McGill. Por una amiga en común, supe que había tenido que escapar de Rwanda por amenazas contra su vida durante el genocidio; en un periplo que la llevó de Kigali a Madrid, luego a Québec City y, finalmente, a Montreal, lugar de donde hoy su padre corre el riesgo de ser extraditado, hacia una muerte segura.

Las conversaciones con ella sobre el tema siempre fueron muy cautas y respetuosas ante la realidad de su nación. Popo, por otro lado, no ahorra

esfuerzos en hacerme entender que su comunidad estaba siendo masacrada por los Hutus, incluso años después de la finalización oficial del conflicto.

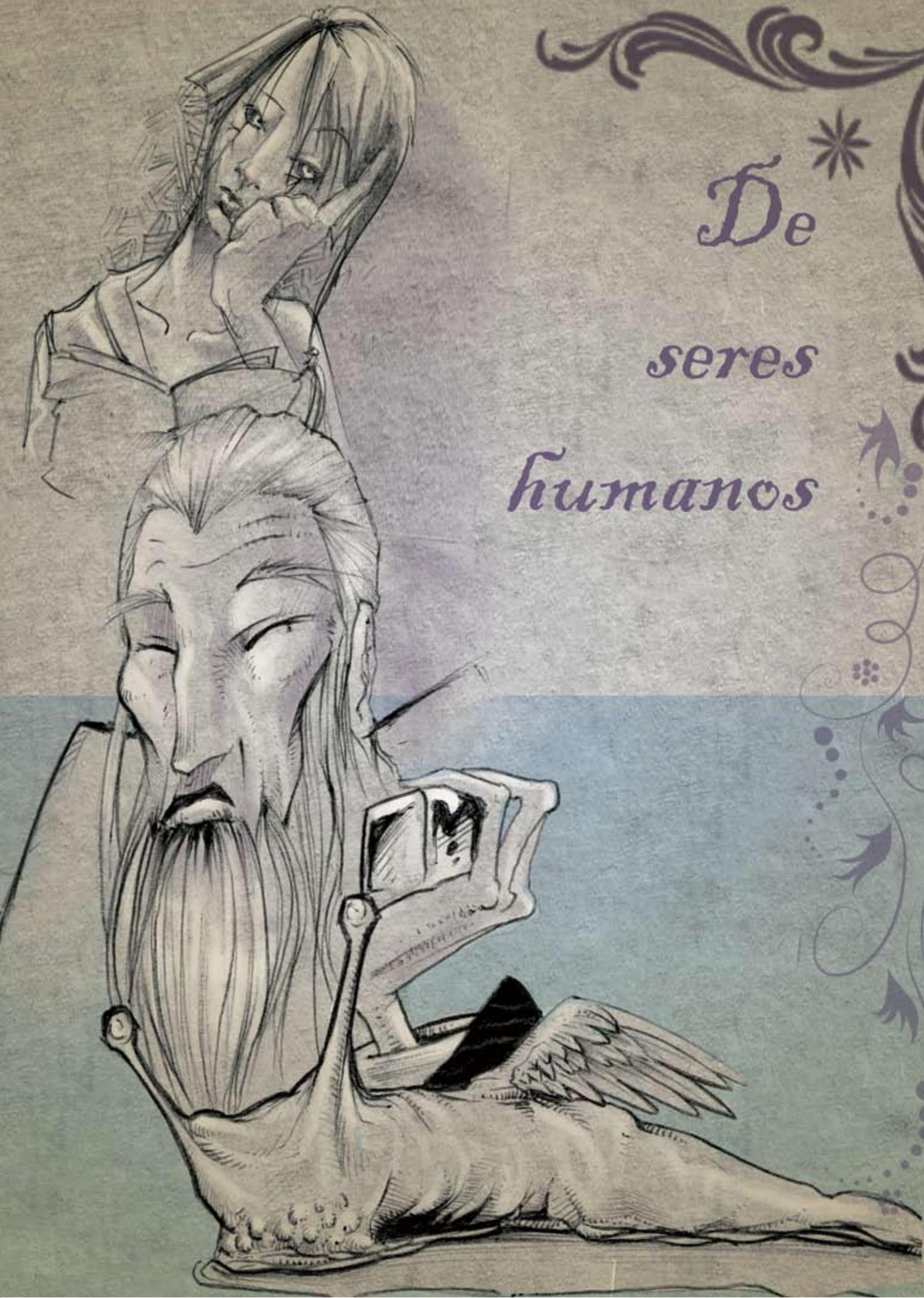
Cuesta creer que un miembro del gobierno Hutu de la época pudiera estar al margen de las muertes, aunque también es probable que el padre de Carmen no haya incitado a la violencia directamente, como explica su familia. En cualquier caso, es imposible eximirlo de toda responsabilidad. Cuesta también encontrar explicación o excusa ante lo que yo sigo considerando como uno de los peores episodios de la historia moderna, pero el pragmatismo mental sobre este tema se acaba, máxime cuando se conoce a personas, a muy buenas personas, que de una u otra forma, estuvieron involucradas.

Mientras la amistad surgía veía clases con los mejores teóricos en relaciones internacionales de Canadá, quienes reforzaban los paradigmas establecidos desde la Universidad del Rosario sobre ese hecho, pero conocer a alguien directamente involucrado y llegar a considerarlo como una excelente persona y amiga, chocaba con lo que había aprendido y me sumergía en una confusión infinita. Como internacionalista, ¿debo hacer evaluaciones con el dogma o con la pasión subjetiva de estar haciéndome una idea, ya no sólo sobre un hecho impersonal, sino ahora sobre ese mismo hecho con la cara de mi amiga y su familia?

El conflicto generado en ese momento sigue hasta hoy, es más, se refuerza cada vez que hablo con ella, sé que está muy cerca de perder a su padre debido a la extradición que la Corte Suprema de Canadá está próxima a dictar. Ellos son buenas personas, pero participaron en un acto que siempre he condenado. La cuestión es que conocerlos los hace mejores personas, por lo tanto, merecedores de algo que su padre le negó a muchos Tutsis, la oportunidad de vivir.

A partir de ese momento, abandoné el fundamentalismo, propio de los internacionalistas, que nos lleva a creer que lo sabemos todo y que no hay nada que no se explique con Morgenthau, Keohane, Maquiavelo o cualquier otro teórico. Hoy digo con todo el orgullo del mundo, que mi subjetividad pudo más que cinco años de teoría sobre la responsabilidad de los gobiernos, Corte Penal Internacional, Interdependencia y todas esas cosas. No sé si eso me hace mejor o peor profesional, pero me alegra no haber perdido ese toque humano que la impersonal teoría no soporta. Lo que si sé es que a partir de ese momento dejé de utilizar como frase de batalla: “Es que estás siendo subjetivo”, frase que descalifica cualquier argumento, sobre todo porque una vez lo usé en una discusión con una amiga y la respuesta fue un contundente: “Cómo no serlo si somos sujetos”.

De
seres
humanos





ANTOLOGÍA DE LUZ MARY GIRALDO



1. "HIELO, COCAÍNA Y ARCO IRIS". RAMÓN ILLÁN BACCA
2. "EL DESCENSO". JUAN CARLOS BOTERO
3. "QUIERO ES CANTAR". ROBERTO BURGOS CANTOR
4. "EL PADRE DE MIS HIJOS". ANTONIO CABALLERO
5. "SOLEDAD AL FINAL DEL COCHE CAMA". ÓSCAR COLLAZOS
6. "EL HOMBRE". GERMÁN ESPINOSA
7. "EL TESTAMENTO DEL CAPITÁN". ANDRÉS HOYOS
8. "PESADILLA EN EL HIPOTÁLAMO". JULIO CÉSAR LONDOÑO
9. "EL SONÁMBULO DESPIERTO". JULIO PAREDES
10. "NEVERMORE ALONE". GERMÁN PINZÓN
11. "SOLICITACIÓN EN CONFESIÓN". PHILIP PODTEVIN
12. "SE VENDE CAMA". EVELIO JOSÉ ROMERO
13. "LAS VACACIONES DE MR. ROCHESTER".
ROBERTO RUBIANO VARGAS
14. "COMO UN CIERVO, COMO UN JABALÍ, COMO UN
SIERVO". DANIEL SAMPER PIZANO
15. "EL DÍA DE LA PARTIDA". ENRIQUE SERRANO



* Giraldo, Luz Mary (selección). Cuentos de fin de siglo. Bogotá: Seix Barral, 1999

El Novelino

Novela XLIV

Que cuenta cómo un caballero requirió de amores a una dama

Un caballero solicitaba en amores a una dama cierto día, y decíale, entre otras palabras, que él era gentil y rico y hermoso sin medida, “y vuestro marido es así de feo como vos sabéis”. Y el tal marido estaba tras la pared de la cámara; habló y dijo:

—Messire, por cortesía concretaos a los hechos vuestros y no os mezcléis en los ajenos.

Messer Licio di Valbuona fue el feo, y Messer Rinieri da Calvoli fue el otro.

Eduardo Galeano

La autoridad

En épocas remotas, eran las mujeres quienes cazaban y pescaban. Ellas salían de las aldeas y volvían cuando podían o querían. Los hombres montaban las chozas, preparaban la comida, mantenían encendidas las fogatas contra el frío, cuidaban a los hijos y curtían las pieles de abrigo.

Así era la vida entre los onas, hasta que un día los hombres mataron a todas las mujeres.

Solamente las niñas recién nacidas se salvaron del exterminio. Como no conocían el secreto, no había peligro.

Cuando se hicieron mujeres, les dijeron que servir a los hombres era su destino. Ellas lo creyeron. También lo creyeron sus hijas y las hijas de sus hijas.



Luis Fayad

Reencuentro

La mujer dejó saber con la mirada que quería decirle algo. Leoncio accedió, y cuando ella se apeó del bus él hizo lo mismo. La siguió a corta pero discreta distancia, y luego de algunas cuabras la mujer se volvió. Sostenía con mano firme una pistola. Leoncio reconoció entonces a la mujer ultrajada en un sueño y descubrió en sus ojos la venganza.

—Todo fue un sueño —le dijo. En un sueño nada tiene importancia.

—Depende de quien sueñe —dijo la mujer. Este también es un sueño.

Vicente Huidobro

Tragedia

María Olga es una mujer encantadora. Especialmente la parte que se llama Olga.

Se casó con un mocetón grande y fornido, un poco torpe, lleno de ideas honoríficas, reglamentadas como árboles de paseo.

Pero la parte que ella casó era su parte que se llamaba María. Su parte Olga permanecía soltera y luego tomó un amante que vivía en adoración ante sus ojos.

Ella no podía comprender que su marido se enfureciera y le reprochara infidelidad. María es fiel, perfectamente fiel. ¿Qué tenía él que meterse con Olga?

Ella no comprendía que él no comprendiera. María cumplía con su deber, la parte Olga adoraba a su amante.

¿Era ella culpable de tener un nombre doble y de las consecuencias que esto puede traer consigo?

Así, cuando el marido cogió el revólver, ella abrió los ojos enormes, no asustados, sino llenos de asombro, por no poder entender un gesto tan absurdo.

Pero sucedió que el marido se equivocó y mató a María, a la parte suya, en vez de matar a la otra. Olga continuó viviendo en brazos de su amante, y creo que aún sigue feliz, muy feliz, sintiendo sólo que es un poco zurda.



Juan José Arreola

Ágrafa musulmana en papiro de oxyrrinco

Estabas a ras de tierra y no te vi.
Tuve que cavar hasta el fondo de mí
para encontrarte.

Juan Esteban Constaín

El genio del ingenio

Es una verdadera lástima, como dijo alguna vez Jorge Luis Borges en una de esas entrevistas que le hacían y cuyas respuestas eran todas pequeñas obras maestras, que el nombre del escritor irlandés Oscar Wilde esté asociado a dos hechos menores de su vida: sus gustos homosexuales y el juicio por sodomía —es decir por homosexualismo—, que le montó un amargo noble que en otras circunstancias, o por lo menos en estos tiempos libertinos, habría podido considerarse como su suegro. Se trataba del Marqués de Queensberry, padre del joven dandy Alfred

Douglas quien ofició como amante de Wilde durante algunos años, antes de propiciar, a instancias de un amor casi pagano, la ruina del gran maestro y la suya propia. Wilde, como se sabe, fue condenado por provocador —y él se preguntaba que cómo podían castigar una virtud tan bella— y pasó dos años en la cárcel de Reading. Douglas, en cambio, abandonó sus gustos y aceptó una vida feliz de hombre casado, consumiendo en el aburrimiento, por los siguientes ocho lustros, una ardiente nostalgia por la gracia de los días idos.

Lo cierto es que Wilde era un hombre excepcional, que hizo del ingenio, de la lucidez a toda prueba, una forma elevadísima del arte; tanto que podría decirse, sin sonrojos ya a estas horas de la vida, que el ingenio era la versión perfecta del genio del poeta y dramaturgo y ensayista irlandés. Un genio que no hacía ninguna distinción entre la vida y la obra, trasladando así, a las miserias cotidianas, destellos de un encanto que muchos creían sólo posible en los libros.

Lo prueban sus anécdotas prodigiosas, atravesadas todas por una ironía que de no serlo haría aún más lamentable, y sería, la

estupidez de los hombres. Un poeta, por ejemplo, le dijo una vez a Wilde: “Siento que mis colegas me excluyen, querido Oscar. Han montado en mi contra una conspiración del silencio. ¿Qué debo hacer?”. “Únete”, fue la respuesta estricta del moralista, que lo era a su manera. En otra ocasión, le consultaron su opinión sobre una obra teatral que había sido aclamada como un verdadero fiasco, y él apenas se encogió de hombros: “la obra era maravillosa, y el público un desastre”. Pero acaso sea su elogio de Madame de Mountemier la pieza capital del escritor Wilde, advertido por un amigo sobre la absoluta fealdad de tan grande dama francesa, quien los había invitado a ambos a cenar en su palacio a las afueras de París. Apenas la vio, Wilde profirió una mueca de horror, y Madame, que conocía perfectamente lo suyo y que quería evitarle a su ilustre comensal una vergüenza, le dijo en tono festivo: “¿Verdad señor Wilde que soy la mujer más fea de Francia?”. El poeta la tomó de la mano, besándosela, y le respondió con galantería: “Del mundo, señora. Es inútil restarse méritos tan evidentes”.

Feng Meng-Lung

El dedo

Un hombre pobre se encontró en su camino a un antiguo amigo. Éste tenía un poder sobrenatural que le permitía hacer milagros. Como el hombre pobre se quejaba de las dificultades de su vida, su amigo tocó con el dedo un ladrillo que de inmediato se convirtió en oro. Se lo ofreció al pobre, pero éste se lamentó de que eso era muy poco. El amigo tocó un león de piedra que se convirtió en un león de oro macizo y lo agregó al ladrillo de oro. El amigo insistió en que ambos regalos eran poca cosa.

—¿Qué más deseas, pues? —le preguntó sorprendido el hacedor de prodigios.

—¡Quisiera tu dedo! —contestó el otro.

Franz Kafka

El rechazo

Cuando encuentro una hermosa joven y le ruego: “Tenga la bondad de acompañarme” y ella pasa sin contestar, su silencio quiere decir esto:

—No eres ningún duque de famoso título ni un fornido americano con porte de piel roja, con ojos equilibrados y tranquilos, con un cutis templado por el viento de las praderas y de los ríos que las atraviesan, no has hecho ningún viaje por los grandes océanos y por esos mares que no sé dónde se encuentran. En consecuencia, ¿Por qué yo, una joven hermosa, habría de acompañarte?

Olvidas que ningún automóvil te pasea en largas acometidas por las calles; no veo a los caballeros de tu séquito que se abalanzan tras de ti y que te siguen en estrecho semicírculo, murmurándote bendiciones; tus pechos parecen perfectamente comprimidos en tu blusa, pero tus caderas y tus muslos los compensan de esa opresión; llevas un vestido de tafetán plegado, como los que tantos nos alegraron el otoño pasado, y, sin embargo, sonrías —con ese peligro mortal en el cuerpo— de vez en cuando.

Franz Kafka

Una pequeña fábula

—¡Ay! —dijo el ratón. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo; corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa, sobre la cual debo pasar.

—Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo —dijo el gato, y se lo comió.

Jaime Alberto Vélez

Arcano

Sólo al acercarse al patíbulo se supo que aquella mujer, que tenía fama de ser bruja, era tan sólo una cándida adolescente. De modo que al observar la belleza de su rostro recién descubierto, todos, dudando de la acusación, quedaron conmovidos por su hermosura y decidieron devolverle su libertad, que así, en



tres tribunales distintos, había obtenido como por arte de magia.

Andrés Felipe Chaves Gutiérrez

Aromas

En uno de sus viajes, el marinero notó que el aire estaba enrarecido, sentía que la densa niebla del amanecer venía impregnada de olores de diferentes tonalidades que envolvían su buque.

Sucedió que ráfagas de aire con aroma a rosas y escaramujos invadieron los rincones de la embarcación y los marineros, aún somnolientos, salieron a los pasillos en busca de la fuente de tan perturbador efluvio. Escarbaron bajo las camas y en los armarios, revisaron las rendijas que separan la primera planta del cuarto de máquinas, por si el olor se colaba desde ese lugar, y algunos hasta bajaron con cuerdas que arrojaron por la borda hasta las aspas de la nave para ver si acaso se trataba de unas enredadas algas de mar.

El olor penetraba aún más y su intensidad se hacía tan profunda que la tripulación, mareada por el vaho, empezaba a dar pasos de ciego, tropezando unos contra

otros, otros contra los muros y algunos más afectados caían al agua ante la mirada absorta de sus compañeros, que impotentes los veían alejarse mar adentro.

Era algo mágico, los aromas eran dulces y románticos, y con una bocanada o un suspiro se sentía una felicidad asesina e inaguantable. El oxígeno, contaminado recorría las venas hasta el corazón, llegaba así a todo el torrente sanguíneo y provocaba espasmos en el vientre, tan dolorosos como placenteros, que obligaban a los hombres a llevarse las manos al estómago y la boca.

El capitán se abrió paso violentamente y se deslizó como un ánima entre las demás almas de su tripulación; descendió entre las agonías y las súplicas de sus subalternos, hasta los pasillos estrechos, por donde se regaba la humanidad entre vómitos felices; encajó la llave en la cerradura de su camarote y dando vueltas sobre sí mismo buscó en su armario un pequeño baúl que estaba metido tras una bolsa de campaña.

Lo abrió con las últimas fuerzas que le quedaban. La crujiente tapa se levantó y dejó ver en el fondo una bolsa roja de



terciopelo anudada con hilos dorados que desató lentamente, sacó un pequeño frasco de vidrio negro con un diminuto corcho que retiró con cuidado. Lo acercó a su nariz, inhaló profundamente su aroma y después mojó sus labios con una gota de su contenido. Sintió cómo el mundo se estremecía y un líquido ardiente de sales bajaba por su garganta. Advirtió cómo su corazón se reprimió con violencia y luego estalló contra su pecho esparciendo en su interior las partículas mil veces fragmentadas de la gota que había bebido de aquella botella.

Poco a poco volvió en sí, sus sentidos regresaron a la calma y el mareo se fue desvaneciendo entre el sopor del nuevo aroma que recorría su cuerpo. Recobró sus fuerzas y se incorporó. Giró lentamente la manija de su camarote y recorrió de nuevo el pasillo y las escaleras hasta la popa.

Encontró que su nave estaba otra vez abandonada, sus hombres se habían lanzado al mar entre saltos felices y mortales. Sin embargo, se sintió afortunado. Tuvo las fuerzas para conducir su embarcación

de regreso a casa y comprendió que nada en este mundo podría sacarlo de su rumbo mientras tuviera aquél elipsis consigo. No podía evitar ese curso, estaba condenado a salir día tras día a navegar por donde los hombres se arrojaban y, aunque él alguna vez también declinó ante el extraño olor, ahora no temía a sus encantos.

Pues ese perfume a mujer, que tanto enloquecía, había dejado de ser tan implacable desde la mañana aquella en que besó a su amada y sin saberlo, tocó sus mejillas tibias de ternura y lágrimas. Fue en ese instante cuando su alma se arrodilló y comprendió que el antídoto para tantas agonías se encontraba en el cauce de ese espíritu.

A partir de ese instante, recogió sus lágrimas y las guardó para evitar sucumbir ante otra, para encontrar siempre el camino a casa por más trampas que le pusiera alguna diosa en celo. Él ya nunca sufriría más la tragedia de Homero o viviría la odisea de sus navegantes; lo inevitable era siempre ese espasmo final, ese pequeño hipo que le producían las lá-



grimas que tomaba, pues al pasar de unos minutos irremediamente padecía una profunda ansiedad y un irrefrenable deseo que le provocaba llevarse las manos a la boca para atajar esa nueva vida que de su vientre surgía, fruto del amor, muestra de todo su cariño, alada y diminuta, extendía sus extremidades la más hermosa mariposa amarilla que se escapaba de sus manos y emprendía vuelo libre sobre la costa de su océano.

Leopoldo Lugones

Aristocracia

—Soy recta —añade la
espina—, fuerte casta y valerosa.
La rosa murmura apenas:
—Yo soy la rosa...

Niu Chiao

Historia de zorros

Wang vio dos zorros parados en las patas traseras, y apoyados contra un árbol. Uno de ellos tenía una hoja de papel en

la mano y se reían como compartiendo una broma.

Trató de espantarlos, pero se mantuvieron firmes y él disparó contra el del papel; lo hirió en el ojo y se llevó el papel. En la posada, refirió su aventura a los otros huéspedes. Mientras estaba hablando, entró un señor, que tenía un ojo lastimado. Escuchó con interés el cuento de Wang y pidió que le mostraran el papel. Wang ya iba a mostrárselo, cuando el posadero notó que el recién llegado tenía cola. ¡Es un zorro!, exclamó, y en el acto el señor se convirtió en un zorro y huyó.

Los zorros intentaron repetidas veces recuperar el papel, que estaba cubierto de caracteres ininteligibles, pero fracasaron. Wang resolvió volver a su casa. En el camino se encontró con toda su familia, que se dirigía a la capital. Declararon que él les había ordenado ese viaje, y su madre le mostró la carta en que le pedía que vendiera todas las propiedades y se juntara con él en la capital. Wang examinó la carta y vio que era una hoja en blanco.



Aunque ya no tenían techo que los cobijara, Wang ordenó: Regresemos.

Un día apareció un hermano menor que todos habían tenido por muerto. Preguntó por las desgracias de la familia y Wang le refirió toda la historia. Ah, dijo el hermano, cuando Wang le refirió toda la historia. Ah, dijo el hermano, cuando Wang llegó a su aventura con los zorros, ahí está la raíz de todo el mal. Wang mostró el documento. Arrancándoselo, su hermano lo guardó con apuro. Al fin he recobrado lo que buscaba, exclamó y, convirtiéndose en zorro, se fue.

Miguel Méndez Camacho

Azabache

Un tal González, de profesión dudosa, no había cogido las riendas de Azabache cuando el animal salió como espantado, porque el empedrado empezó a bailar debajo de las patas. Iba para Maracaibo y a la seis de la tarde se sorprendió entrando a Chinácota, que queda en la otra punta del camino que tenía pensado.

Atravesó a Cúcuta a galope forzado y dice que vio muchos muertos y casas

caídas. Las grietas inmensas. Las gentes gritando. Y un nubarrón de polvo que parecía de noche.

De Chinácota telegrafiaron a Pamplona, de Pamplona a Bucaramanga y de Bucaramanga a Bogotá, en una larga cadena de clavijas y señoritas temblecas, y la noticia se engordó con los muertos que le fueron sumando gratis las telegrafistas. Y en la capital supieron que no había quedado piedra sobre piedra ni títere con cabeza; miles de títeres, por supuesto.

Sólo dos sobrevivientes: un señor González, contrabandista, claro, y un tal Assabach, que debería ser turco.

Mariana Frenk

Fábula

Un caracol deseaba volverse águila. Salió de su concha, trató muchas veces de lanzarse al aire y cada vez fracasó. Entonces quiso volver a su concha. Pero ya no cabía, pues habían empezado a crecerle las alas.



Liehtsé

El ciervo escondido

Un leñador de Cheng se encontró en el campo con un ciervo asustado y lo mató. Para evitar que otros lo descubrieran, lo enterró en el bosque y lo tapó con hojas y ramas. Poco después olvidó el sitio donde lo había ocultado y creyó que todo había ocurrido en un sueño. Lo contó, como si fuera un sueño, a toda la gente. Entre los oyentes hubo uno que fue a buscar al ciervo escondido y lo encontró. Lo llevó a su casa y dijo a su mujer:

—Un leñador soñó que había matado un ciervo y olvidó dónde lo había escondido y ahora yo lo he encontrado. Ese hombre sí que es un soñador.

—Tú habrás soñado que viste un leñador que había matado un ciervo. ¿Realmente crees que hubo un leñador? Pero como aquí está el ciervo, tu sueño debe ser verdadero —dijo la mujer.

—Aun suponiendo que encontré al ciervo por un sueño —contestó el ma-

rido—, ¿a qué preocuparse averiguando cuál de los dos soñó?

Aquella noche el leñador volvió a su casa, pensando todavía en el ciervo, y realmente soñó, y en el sueño soñó el lugar donde había ocultado al ciervo y también soñó quién lo había encontrado. Al alba fue a casa del otro y encontró al ciervo. Ambos discutieron y fueron ante un juez, para que resolviera el asunto. El juez le dijo al leñador:

—Realmente mataste un ciervo y creíste que era un sueño. Después soñaste realmente y creíste que era verdad. El otro encontró al ciervo y ahora te lo disputa, pero su mujer piensa que soñó que había encontrado un ciervo. Pero como aquí está el ciervo, lo mejor es que se lo repartan.

El caso llegó a oídos del rey de Cheng y el rey de Cheng dijo:

—¿Y ese juez no estará soñando que reparte un ciervo?



Flor Mendieta

Fábula 1

El pececillo, aburrido porque nunca le sucedía nada emocionante, decidió salir a la superficie de la tierra. En aquel instante sobrevino el diluvio universal.

Claudia Pinilla y Boris Pinto

El taller de los juguetes cantores

Sophía se quedó dormida con el cuento abierto sobre las cobijas.

Y soñando entre algodones, despertó en el justo momento en que un ratón se frotaba las mejillas con dolor repitiendo ¡Ay, ay, ay, es por mi violín!

Se sentó en el borde de una nota que, amablemente le sirvió de cuna y, aunque la luna le miraba la nariz se levantó asombrada, sonriendo y muy feliz.

¿Quién eres?, preguntó un amable fagot, no hay madera en tus zapatos ni

hay metal en tus vestidos

¿De qué lejanos reinos, entonces has venido?

¿Yo?, yo sólo leía un cuento, un maravilloso cuento de instrumentos, de enanos que hacían sonar los pianos, de príncipes enamorados de las flautas, de un guitarrón que cantaba serenatas y aves parloteando su canción entre las ramas.

¡Cómo!, ¿de instrumentos dices?

Ah sí... unos tan nobles, otros tan presumidos, unos tristes, otros atrevidos, algunos grandes, sonoros y panzones, otros muy dulces, repletos de canciones, de pulidas maderas y brillantes metales, juegan entre canciones con graciosos animales.

¿De madera y de metal has dicho?

¡Sí!... son formas y figuras y colores, me invitan a escuchar su buen sonido las arpas hilanderas de los vientos dorados, los cantantes de conciertos.

¿Escuchas nuestras voces?

¿Cómo pues, si no tenemos vida?

Si sólo somos metal, y madera y cuerda llenando los rincones polvorientos del taller...



Si tan sólo un niño nos tocara ¡Her-
mosas melodías, podríamos ser!

¡Yo!, ¡Yo quiero!, respondió Sophía,
¡Yo quiero tocar las melodías!

¡Qué suenen las canciones en los cuen-
tos!, ¡qué canten conmigo, los niños de
otros tiempos!, ¡qué bailen en las nubes!,
¡arriba con los vientos!

¡Que brillen en su canto, las trompetas
en los cielos!

¡Amigos!

Se escuchó la ronca voz de aquel fagot
ha llegado al fin el día de gran alegría
¡Qué canten las voces!, ¡qué suenen los
instrumentos!

¡Sophía!

¡Sophía ha despertado
cantando en un cuento!

Como un luthier en su taller, el Crea-
dor con un soplo nos ha dado la vida.

¡Prepárense y alégrense! ajusten corba-
tín y lustren los zapatos afinen esas voces,
¡ensayen ya su canto!

Unos van primero, otros van después
todos en hilera, esperen su ocasión no se
agolpen, no se empujen

Para todos hay tarima, para todos hay
función en el taller de los cantores, ¡Se-
ñores!, ¡para todos hay canción!

Enseñen a Sophía, y a los niños del
taller que en la orquesta de la vida cada
quien tiene su turno, cada quien en su
lugar en la orquesta de la vida, cada
quien lleva en su cuento una historia
por cantar...

Gabriel García Márquez

El drama del desencantado

...el drama del desencantado que se
arrojó a la calle desde el décimo piso, y
a medida que caía iba viendo a través de
las ventanas la intimidad de sus vecinos,
las pequeñas tragedias domésticas, los
amores furtivos, los breves instantes de
felicidad, cuyas noticias no habían lle-
gado nunca hasta la escalera común, de
modo que en el instante de reventarse
contra el pavimento de la calle había
cambiado por completo su concepción
del mundo, y había llegado a la conclu-



sión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

Andrea Bocconi

Tranvía

Por fin. La desconocida subía siempre en aquella parada. “Amplia sonrisa, caderas anchas... una madre excelente para mis hijos”, pensó. La saludó; ella respondió y retomó su lectura: culta, moderna.

Él se puso de mal humor: era muy conservador. ¿Por qué respondía a su saludo? Ni siquiera lo conocía.

Dudó. Ella bajó.

Se sintió divorciado: “¿Y los niños, con quién van a quedarse?”

Anónimo hindú

Ni tú ni yo somos los mismos

El Buda fue el hombre más despierto de su época. Nadie como él comprendió el sufrimiento humano y desarrolló

la benevolencia y la compasión. Entre sus primos, se encontraba el perverso Devadatta, siempre celoso del maestro y empeñado en desacreditarlo e incluso dispuesto a matarlo.

Cierto día que el Buda estaba paseando tranquilamente, Devadatta, a su paso, le arrojó una pesada roca desde la cima de una colina, con la intención de acabar con su vida. Sin embargo, la roca sólo cayó al lado del Buda y Devadatta no pudo conseguir su objetivo. El Buda se dio cuenta de lo sucedido pero permaneció impassible, sin perder la sonrisa de los labios.

Días después, el Buda se cruzó con su primo y lo saludó afectuosamente.

Muy sorprendido, Devadatta preguntó:

—¿No estás enfadado, señor?

—No, claro que no.

Sin salir de su asombro, inquirió:

—¿Por qué?

Y el Buda dijo:

—Porque ni tú eres ya el que arrojó la roca, ni yo soy ya el que estaba allí cuando me fue arrojada.



Jenny Paola Guerrero

Blanca sombra

Y fue ese beso, el que trajo a mi memoria los nervios, la intranquilidad, de aquel acercamiento clandestino...

Él caminaba lentamente al compás de olas y arbustos...

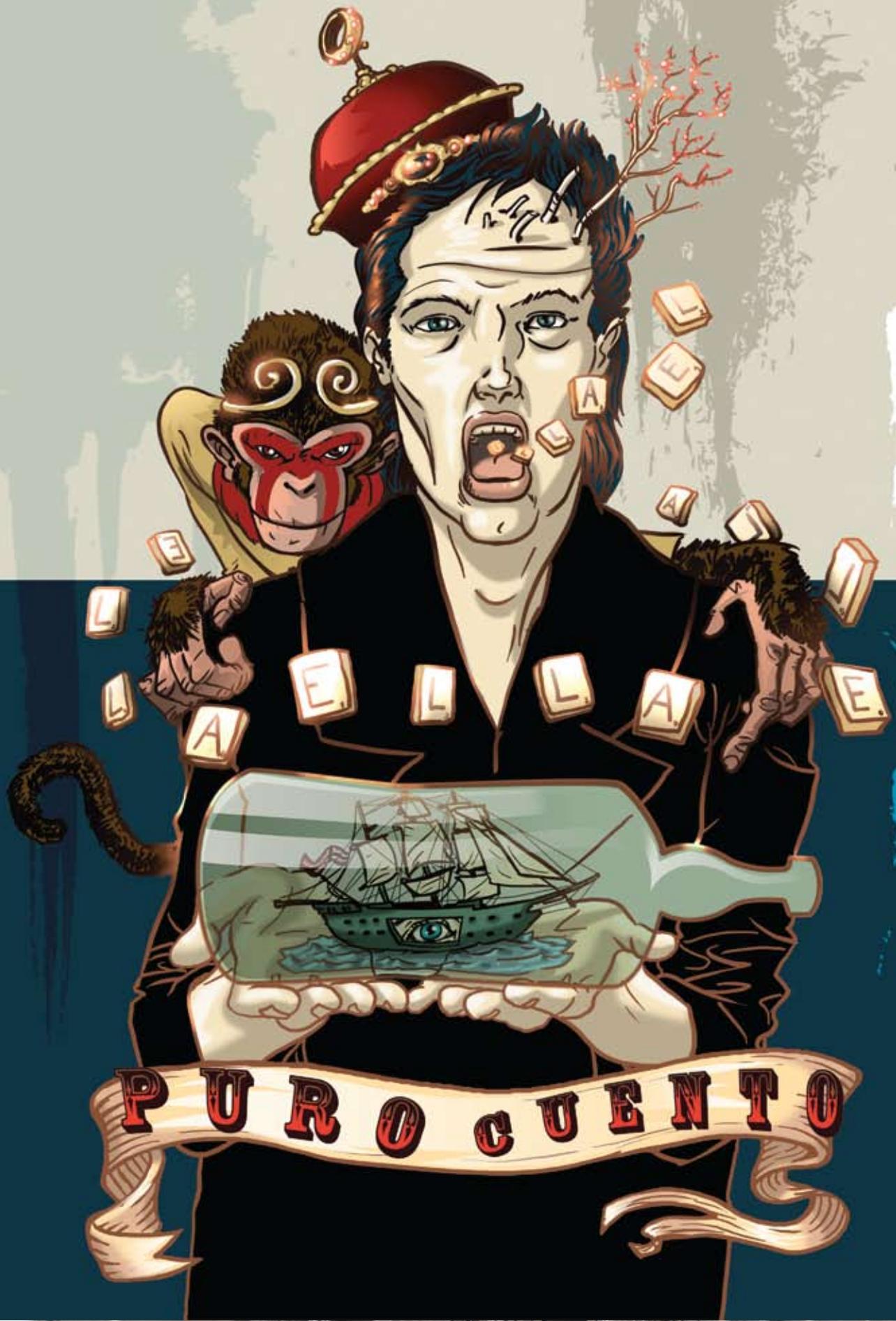
Este son era cómplice de nuestro encuentro, en el que los dos nos convertimos en la clara sombra de la noche.

Ahora me saluda el sol, es la hora de despedirnos.

B
L
A
N
C
A
S
O
M
B
R
A

Jenny Paola Guerrero







ANTOLOGÍA DE ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA*



1. "A ROSE FOR EMILY". WILLIAM FAULKNER
2. "THE PURLOINED LETTER". EDGAR ALLAN POE
3. "UN COEUR SIMPLE". GUSTAVE FLAUBERT
4. "EL JARDÍN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN". JORGE LUIS BORGES
5. "VIAJE A LA SEMILLA". ALEJO CARPENTIER
6. "DILES QUE NO ME MATEN". JUAN RULFO
7. "AUTOPISTA DEL SUR". JULIO CORTÁZAR
8. "LA VIEJA ROSA". REYNALDO ARENAS
9. "LA TERCERA ORILLA DEL RÍO". JOAO GUIMARAES ROSA
10. "LA PRODIGIOSA TARDE DE BALTAZAR". GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

* Otro personaje muy admirado y querido por el equipo de esta revista y quien también se unió a esta edición es el Ph.D. Roberto González Echevarría, Sterling Professor of Hispanic and Comparative Literature, de Yale University, Jefe del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Yale por 16 años y también Director del Programa de Estudios Latinoamericanos. Doctorado en lenguas románicas por Yale en 1970, doctorado *honoris causa* de Colgate University en 1987, de la University of South Florida en el 2000 y Columbia University en el 2002, y miembro de la American Academy of Arts and Sciences.

Las cátedras Sterling son las más prestigiosas de Yale, de hecho anteriormente en literatura han sido ocupadas por René Wellek, Erich Auerbach y Paul de Man, y en la actualidad por Harold Bloom. La especialidad del profesor Roberto González Echevarría es la literatura española del Siglo de Oro y la hispanoamericana colonial y moderna.

También ha sido miembro de la comisión editorial de revistas como *The Yale Journal of Criticism* y *The Yale Review*. Actualmente es miembro de la *Hispanic Review*, *Hispania*, *Revista Iberoamericana* y otras revistas norteamericanas, hispanoamericanas y europeas. Además es Coodinador de la *Cambridge History of Latin American Literature* (1996) y editor del *Oxford Book of Latin American Short Stories* (1997).



R. F. Burton

La obra y el poeta

El poeta hindú Tulsi Das compuso la gesta de Hanuman y de su ejército de monos. Años después, un rey lo encarceló en una torre de piedra. En la celda se puso a meditar y de la meditación surgió Hanuman con su ejército de monos y conquistaron la ciudad e irrumpieron en la torre y lo libertaron.

Italo Calvino

LA LEYENDA DE CARLOMAGNO

El emperador Carlomagno se enamoró, siendo ya viejo, de una muchacha alemana. Los nobles de la corte estaban muy preocupados, porque el soberano, poseído de ardor amoroso y olvidado de la dignidad real, descuidaba los asuntos del Imperio. Cuando la muchacha murió repentinamente, los dignatarios respiraron aliviados, pero por poco tiempo, porque el amor de Carlomagno no había muerto con ella. El Emperador, que había hecho llevar a su aposento el cadáver embalsamado, no quería separarse de él. El arzobispo Turpín, asustado de esta macabra pasión, sospechó un encantamiento y quiso examinar el cadáver.

Escondido debajo de la lengua muerta encontró un anillo con una piedra preciosa. No bien el anillo estuvo en manos de Turpín, Carlomagno se apresuró a dar sepultura al cadáver y volcó su amor en la persona del arzobispo. Para escapar de la embarazosa situación, Turpín arrojó el anillo al lago de Constanza. Carlomagno se enamoró del lago Constanza y no quiso alejarse nunca más de sus orillas.

Macedonio Fernández

Un paciente en disminución

El señor Ga había sido tan asiduo, tan dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica, que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica, para que atender a el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y “meneando con grave modo” la cabeza resolvió:

—Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano.

Gustavo Masso

LA PUNTA DE LA MADEJA

Cuando ella descubrió su primera cana quiso arrancarla de un tirón, pero como el odioso pelo blanco se prolongaba, jaló y jaló, mientras su cuerpo se destejía, hasta que sólo quedó una niña llorando asustada.

Edwin Morgan

La sombra de las jugadas

En uno de los cuentos que integran la serie de los Mabinogion, dos reyes enemigos juegan al ajedrez, mientras en un valle cercano sus ejércitos luchan y se destrozan. Llegan mensajeros con noticias de la batalla; los reyes no parecen oírlos e, inclinados sobre el tablero de plata, mueven las piezas de oro. Gradualmente se aclara que las vicisitudes del combate siguen las vicisitudes del juego. Hacia el atardecer, uno de los reyes derriba el tablero, porque le han dado jaque mate y poco después un jinete ensangrentado le anuncia: Tu ejército huye, has perdido el reino.

Jacques Sternberg

El castigo

Aquí los delitos son muchos pero el castigo es único, siempre idéntico.

Se coloca al condenado ante un túnel interminable, entre los rieles de una vía férrea. A partir de ese momento el condenado sabe lo que le espera. Huye, porque no tiene más que esa oportunidad. Alucinación, porque el túnel no tiene fin.

El condenado corre hasta perder el aliento y después la vida.

Sin embargo, se puede afirmar que nunca tren alguno fue lanzado por esa vía.

Arturo Bolaños

SIN SALIDA

Ale, agotada por tanto levantamiento de estructuras arquitectónicas, se quedó dormida sobre los planos. Al despertar, miró a su alrededor y nada le era conocido. Después de frotar sus ojos y recobrar la calma, comprendió que habitaba la habitación que había estado diseñando.

Todo empeoró.

Recordó que no había dibujado las puertas de salida.



Sara Camargo Trejos

Delgado, no tan alto...

Delgado, no tan alto, camina despacio, poco sonrío; vive en metáforas un poco ardientes, un poco vagas y sin sentido. No respira aire, inhala notas de un rock pesado que poco se entiende, no exhala CO₂ más bien libera letras tipo *scrabble* con dejo a cigarrillo, que cuando se ordenan crean el nombre de ella.

Ella, ella, ella con su vestido blanco, hondea el viento, ese que le susurra canciones victorianas. Las hojas bailan y ella cierra los ojos verdes magentas, esos ojos que sólo pueden ver tres sordos del quinto oído en un planeta lejano.

Él no tiene nombre, aborrece su apellido, camina despacio, poco sonrío y su chaqueta, mojada por la lluvia le pesa, no por el agua contenida, pero sí por lo fea y triste que luce cuando la mímica y vengativa luna la deslumbra.

Ella danza con las hadas que salen DE su boca, vuelan sin alas y se balancean entre las notas de los pentagramas de un coro de grillos, amantes, feos y marfiles.

El viento le susurra canciones victorianas y cada compás lleva el ritmo de su cabello rojo escarlata, que es más que un rojo escarlata.

Él, bien parecido, vive errante y se alimenta de las miradas de ellas, vitaminas repudiadas, prefiere morirse de hambre. Se pone su gorra rojo bermellón, que no es más que una gorra roja bermellón. Camina despacio poco sonrío; ama con lagrimas agrias, rechazo, nube, polvo. Ama a aquella doncella que baila con hadas y con ese duende abominable, asqueroso y lamentablemente apuesto, ese que la abraza y ya no hay remedio.

Frío asfalto sostiene sus pies cansados, caballero ambulante bajo la lluvia gris, ojos empañados, botella, elefantes rosados. Esa agua que cae le apaga el cigarrillo y sus zapatos cafés se hunden en un mar de aguas sucias. Inteligente, dicen muchos de este “mente rara”.

Saca la libreta, la lluvia la mancha, manchas en hojas tal cómo su vida. Y aunque sucia, no importa; sólo lo escribe y luego se despide; deja su gorra roja bermellón, que no es más que una gorra roja bermellón, deja su gorra y su libreta bajo el árbol y el puente le tantea, prueba la vida. Elefantes rosados. No sabe, no quiere, ama. Poco sonrío. Cae.

Armando Fuentes Aguirre

UN CUENTO

Después de largos días de paciencia, logró armar un barquito de esos que se forman pieza por pieza dentro de una botella.

Cerró la botella con un corcho y la puso en la sala de su casa, sobre la chimenea. Allí la mostraba orgullosamente a sus amigos.

Un día, viendo el barquito, notó que una de sus pequeñas ventanas se había abierto, y a través de ella observó algo que lo dejó asombrado: en una sala como la suya, estaba otra botella igual a la suya, pero más pequeña, con otro barquito adentro como el suyo. Y la botella estaba siendo mostrada a sus amigos por un hombrecito diminuto que no parecía sufrir nada por el hecho de estar dentro de una botella.

Sacó el tapón y con unas pinzas cogió al hombrecito, pero lo apretó de tal manera que lo ahogó.

Entonces el hombre escuchó un ruido. Volvió la vista y descubrió asustado que una de las ventanas de la sala se había abierto. Un ojo enorme lo atisbaba desde fuera. Lo último que alcanzó a mirar fue unas enormes pinzas que avanzaban hacia él como las fauces de un animal monstruoso.

Gabriel Jiménez Emán

El hombre invisible

Aquel hombre era invisible, pero nadie se percató de ello.

Olaf Stapledon

HISTORIAS UNIVERSALES

En un cosmos inconcebiblemente complejo, cada vez que una criatura se enfrentaba con diversas alternativas, no elegía una sino todas, creando de este modo muchas historias universales del cosmos. Ya que en ese mundo había muchas criaturas y que cada una de ellas estaba continuamente ante muchas alternativas, las combinaciones de esos procesos eran innumerables y a cada instante ese universo se ramificaba infinitamente en otros universos, y éstos, en otros a su vez.

Javier Tafur González

La visita

Tocan a la puerta. Seguro es la misma persona que vino ayer, que vino anteayer, que ha venido todos estos días, que me asedia y me fastidia. Iré a abrirle. Seguramente se sentará en mi silla, cogerá mis libros, fumará en mi pipa. Antes de abrirle me asomaré a la ventana. Sí, ya lo veo, allí está. Ciertamente es el mismo. Puedo demorarme un momento pero volverá a llamar. Terminará por entrar. Lo que me sorprende es que desaparezca cuando entra y siempre sea yo quien hace sus movimientos.

César Fernández Moreno

UNA O DOS VECES

Había una vez una vez que era dos veces a la vez.

Cierta vez, las dos veces fueron a consultar al famoso cirujano y le rogaron que las volviese a hacer una vez, de una vez.

El doctor Franz las operó, restituyéndolas a su unidad. Y, al dar de alta a la otra vez, vez, le advirtió:

—¡Y que sea la última vez que es la primera vez!

Augusto Monterroso

Heraclitana

Cuando el río es lento y se cuenta con una buena bicicleta o caballo sí es posible bañarse dos —y hasta tres, de acuerdo con las necesidades higiénicas de cada quién— veces en el mismo río.

James George Frazer

VIVIR PARA SIEMPRE

Otro relato, recogido cerca de Oldenburg, en el Ducado de Holstein, trata de una dama que comía y bebía alegremente y tenía cuanto puede anhelar el corazón, y que deseó vivir para siempre. En los primeros cien años todo fue bien, pero después empezó a encogerse y a arrugarse, hasta que no pudo andar, ni estar de pie, ni comer ni beber. Pero tampoco podía morir. Al principio la alimentaban como si fuera una niñita, pero llegó a ser tan diminuta que la metieron en una botella de vidrio y la colgaron en la iglesia. Todavía está ahí, en la iglesia de Santa María, en Lübeck. Es del tamaño de una rata, y una vez al año se mueve.

Joaquín Sabina



Le sobraban razones, le faltaba razón.

EL CUENTO

Ambrose Bierce

EL PUENTE SOBRE EL RÍO DEL BÚHO

Desde un puente ferroviario, al norte de Alabama, un hombre contemplaba el rápido discurrir del agua seis metros más abajo. Tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas sujetas con una soga; otra soga, colgada al cuello y atada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes de los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal bajo las órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido agente de la ley. No lejos de ellos, en el mismo entarimado improvisado, estaba un oficial del ejército con las divisas de su graduación; era un capitán. En cada lado un vigía presentaba armas, con el cañón del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, postura forzada que obliga al cuerpo a permanecer erguido. A estos dos hombres no les interesaba lo que sucedía en medio

del puente. Se limitaban a bloquear los lados del entarimado. Delante de uno de los vigías no había nada; la vía del tren penetraba en un bosque un centenar de metros y, dibujando una curvatura, desaparecía. No muy lejos de allí, sin duda, había una posición de vanguardia. En la otra orilla, un campo abierto ascendía con una ligera pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con aberturas para los fusiles y un solo ventanuco, por el cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. Entre el puente y el fortín estaban situados los espectadores: una compañía de infantería, en posición de descanso; es decir, con la culata de los fusiles en el suelo, el cañón inclinado levemente hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas encima de la caja. A la derecha de la hilera de soldados había un teniente; la punta de su sable tocaba tierra, la mano derecha reposaba encima de la izquierda. Sin contar con los verdugos y el reo en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados,

delante del puente, miraba fijamente, hierático. Los vigías, en frente de los límites del río, podrían haber sido esculturas que engalanaban el puente. El capitán, con los brazos entrelazados y mudo, examinaba el trabajo de sus auxiliares sin hacer ningún gesto. Cuando la muerte se presagia, se debe recibir con ceremonias respetuosas, incluso por aquéllos más habituados a ella. Para este mandatario, según el código castrense, el silencio y la inmovilidad son actitudes de respeto.

El hombre cuya ejecución preparaban tenía unos treinta y cinco años. Era civil, a juzgar por su ropaje de cultivador. Poseía elegantes rasgos: una nariz vertical, boca firme, ancha frente, cabello negro y ondulado peinado hacia atrás, que se inclinaba hacia el cuello de su bien terminada levita. Llevaba bigote y barba en punta, pero sin patillas; sus grandes ojos de color grisáceo desprendían un gesto de bondad imposible de esperar en un hombre a punto de morir. Evidentemente, no era un criminal común. El liberal código castrense establece la horca para todo el mundo, sin olvidarse de las personas decentes.

Finalizados los preparativos, los dos soldados se apartaron a un lado y cada uno retiró la madera sobre la que había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, lo saludó y se colocó detrás de éste. El oficial, a su vez, se desplazó un paso. Estos movimientos dejaron al reo

y al suboficial en los límites de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se situaba al civil casi llegaba, aunque no del todo, a un cuarto durmiente. La tabla se mantenía en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su mando, el sargento se apartaría, se balancearía la madera y el reo caería entre dos durmientes. Consideró que esta acción, debido a su simplicidad, era la más eficaz. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Observó por un instante su inseguro punto de apoyo y miró vagamente el agua que corría por debajo de sus pies formando furiosos torbellinos. Una madera que flotaba en la superficie le llamó la atención y la siguió con la vista. Apenas avanzaba. ¡Qué indolente corriente!

Cerró los ojos para recordar, en estos últimos instantes, a su mujer y a sus hijos. El agua brillante por el resplandor del sol, la niebla que se cernía sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, la madera que flotaba, todo en conjunto lo había distraído. Y en este momento tenía plena conciencia de un nuevo motivo de distracción. Al dejar el recuerdo de sus seres queridos, escuchaba un ruido que no comprendía ni podía ignorar, un ruido metálico, como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser este ruido, si procedía de

una distancia cercana o alejada: ambas hipótesis eran posibles. Se reproducía en regulares plazos de tiempo, tan pausadamente como las campanas que doblan a muerte. Esperaba cada llamada con impaciencia, sin comprender por qué, con recelo. Los silencios eran cada vez más largos; las demoras, enloquecedoras. Los sonidos eran menos frecuentes, pero aumentaba su contundencia y su nitidez, que le molestaban los oídos. Tuvo pánico de gritar... Oía el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y escuchó cómo corría el agua bajo sus pies. “Si lograra desatar mis manos —pensó— podría soltarme del nudo corredizo y saltar al río; esquivaría las balas y nadaría con fuerza, hasta alcanzar la orilla; después me internaría en el bosque y huiría hasta llegar a casa. A Dios gracias, todavía permanece fuera de sus líneas; mi familia está fuera del alcance de la posición más avanzada de los invasores”. Mientras se sucedían estos pensamientos, reproducidos aquí por escrito, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El suboficial se colocó en un extremo.

II

Peyton Farquhar, cultivador adinerado, provenía de una respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, político, como todos los de su clase fue, por supuesto, uno de los primeros secesionistas y se dedicó, en cuerpo y alma, a la causa de los Estados del Sur. Deter-

minadas condiciones, que no podemos divulgar aquí, impidieron que se alistara en el valeroso ejército cuyas nefastas campañas finalizaron con la caída de Corinth, y se enojaba de esta trabazón sin gloria, pues anhelaba conocer la vida del soldado y encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba convencido de que esta ocasión llegaría para él, como llega a todo el mundo en tiempo de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ninguna acción le parecía demasiado modesta para la causa del Sur, ninguna aventura lo suficientemente temeraria si era compatible con la vida de un ciudadano con alma de soldado, que con buena voluntad y sin apenas escrúpulos admite en buena parte este refrán poco caballeroso: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban descansando en un rústico banco, próximo a la entrada de su parque, un soldado confederado detuvo su corcel en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar sólo deseaba servirle con sus níveas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su esposo se aproximó al polvoriento soldado y le pidió ávidamente información del frente.

—Los yanquis están reparando las vías del ferrocarril —dijo el hombre—, porque se preparan para avanzar. Han llegado hasta el Puente del Búho, lo han reparado y han construido una empali-

zada en la orilla norte. Por una orden, colocada en carteles por todas partes, el comandante ha dictaminado que cualquier civil a quien se le sorprenda en intento de sabotaje a las líneas férreas será ejecutado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia está el Puente del Búho? —pregunto Faquhar.

—A unos cincuenta kilómetros.

—¿No hay tropas a este lado del río?

—Un solo piquete de avanzada a medio kilómetro, sobre la vía férrea, y un solo vigía de este lado del puente.

—Suponiendo que un hombre, un ciudadano aficionado a la horca, pudiera despistar la avanzadilla y lograrse engañar al vigía _dijo el plantador sonriendo—, ¿qué podría hacer?

El militar pensó: “Estuve allí hace un mes. La creciente de este invierno pasado ha acumulado una enorme cantidad de troncos contra el muelle, en esta parte del puente. En estos momentos los troncos están secos y arderían con mucha facilidad”.

En ese mismo instante, la mujer le acercó el vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias, saludó al marido y se alejó con su cabalgadura. Una hora después, ya de noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al norte, de donde había venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Al caerse al agua desde el puente, Peyton Farquhard perdió la conciencia, como si estuviera muerto. De este estado salió cuando sintió una dolorosa presión en la garganta, seguida de una sensación de ahogo. Dolores terribles, fulgurantes, cruzaban todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Parecía que recorrían líneas concretas de su sistema nervioso y latían a un ritmo rápido. Tenía la sensación de que un enorme torrente de fuego le subía la temperatura insoportablemente. La cabeza le parecía a punto de explotar. Estas sensaciones le impedían cualquier tipo de raciocinio, sólo podía sentir, y esto le producía un enorme dolor. Pero se daba cuenta de que podía moverse, se balanceaba como un péndulo de un lado para otro. Después, de un solo golpe, muy brusco, la luz que lo rodeaba se alzó hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido aterrador en sus oídos y todo fue oscuridad y frío. Al recuperar la conciencia supo que la cuerda se había roto y él había caído al río. Ya no tenía la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su garganta, además de asfixiarle, impedía que entrara agua en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le parecía absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y le pareció ver una luz por encima de él, ¡tan lejana, tan inalcanzable! Se hundía siempre, porque la luz desaparecía cada

vez más hasta convertirse en un efímero resplandor. Después creció de intensidad y comprendió a su pesar que subía de nuevo a la superficie, porque se sentía muy cómodo. “Ser ahogado y ahorcado —pensó— no está tan mal. Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo”.

Aunque inconsciente del esfuerzo, el vivo dolor de las muñecas le comunicaba que trataba de deshacerse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como si fuera un tranquilo espectador que podía observar las habilidades de un malabarista sin demostrar interés alguno por el resultado. Qué prodigioso esfuerzo. Qué magnífica, sobrehumana energía. ¡Ah, era una tentativa admirable! ¡Bravo! Se desató la cuerda: sus brazos se separaron y flotaron hasta la superficie. Pudo discernir sus manos a cada lado, en la creciente luz. Con nuevo interés las vio agarrarse al nudo corredizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la lanzaron lejos, con rabia, y sus ondulaciones parecieron las de una culebra de agua. “¡Ponla de nuevo, ponla de nuevo!” Creyó gritar estas palabras a sus manos, porque después de liberarse de la soga sintió el dolor más inhumano hasta entonces. El cuello le hacía sufrir increíblemente, la cabeza le ardía; el corazón, que apenas latía, estalló de inmediato como si fuera a salirse por la boca. Una angustia incomprensible torturó y retorció todo su cuerpo. Pero

sus manos no le respondieron a la orden. Golpeaban el agua con energía, en rápidas brazadas de arriba hacia abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. El resplandor del sol lo cegó; su pecho se expandió con fuertes convulsiones. Después, un dolor espantoso y sus pulmones aspiraron una gran bocanada de oxígeno, que al instante exhaló en un grito.

Ahora tenía plena conciencia de sus facultades; eran, verdaderamente, sobrenaturales y sutiles. La terrible perturbación de su organismo las había definido y despertado de tal manera que advertían cosas nunca percibidas hasta ahora. Sentía los movimientos del agua sobre su cara, escuchaba el ruido que hacían las diminutas olas al golpearlo. Miraba el bosque en una de las orillas y conocía cada árbol, cada hoja con todos sus nervios y con los insectos que alojaba: langostas, moscas de brillante cuerpo, arañas grises que tendían su tela de ramita en ramita. Contempló los colores del prisma en cada una de las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los moscardones que volaban sobre los remolinos, el batir de las alas de las libélulas, las pisadas de las arañas acuáticas, como remos que levanta una barca, todo eso era para él una música totalmente perceptible. Un pez saltó ante su vista y escuchó el deslizarse de su propio cuerpo que surcaba la corriente.

Había llegado a la superficie con el rostro a favor de la corriente. El mundo

visible comenzó a dar vueltas lentamente. Entonces vio el puente, el fortín, a los vigías, al capitán, a los dos soldados rasos, sus verdugos, cuyas figuras se distinguían contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban, señalándolo con el dedo; el oficial le apuntaba con su revólver, pero no disparaba; los otros carecían de armamento. Sus movimientos a simple vista resultaban extravagantes y terribles; sus siluetas, grandiosas.

De pronto escuchó un fuerte estampido y un objeto sacudió fuertemente el agua a muy poca distancia de su cabeza, salpicando su cara. Escuchó un segundo estampido y observó que uno de los vigías tenía aún el fusil al hombro; de la boca del cañón ascendía una nube de color azul. El hombre del río vio cómo le apuntaba a través de la mirilla del fusil. Al mirar a los ojos del vigía, se dio cuenta de su color grisáceo y recordó haber leído que todos los tiradores famosos tenían los ojos de ese color; sin embargo, éste falló el tiro.

Un remolino le hizo girar en sentido contrario; nuevamente tenía a la vista el bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. Escuchó una voz clara detrás de él; en un ritmo monótono, llegó con una extremada claridad anulando cualquier otro sonido, hasta el chapoteo de las olas en sus oídos. A pesar de no ser soldado, conocía bastante bien los campamentos y lo que significaba esa monserga en la

orilla: el oficial cumplía con sus quehaceres matinales. Con qué frialdad, con qué pausada voz que calmaba a los soldados e imponía la suya, con qué certeza en los intervalos de tiempo, se escucharon estas palabras crueles:

—¡Atención, compañía...! ¡Armas al hombro...! ¡Listos...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

Farquhar pudo sumergirse tan profundamente como era necesario. El agua le resonaba en los oídos como la voz del Niágara. Sin embargo, oyó la estrepitosa descarga de la salva y, mientras emergía a la superficie, encontró trozos de metal brillante, extremadamente chatos, bajando con lentitud. Algunos le alcanzaron la cara y las manos, después siguieron descendiendo. Uno se situó entre su cuello y la camisa: era de un color desagradable, y Farquhar lo sacó con energía.

Llegó a la superficie, sin aliento, después de permanecer mucho tiempo debajo del agua. La corriente lo había arrastrado muy lejos, cerca de la salvación. Mientras tanto, los soldados volvieron a cargar sus fusiles sacando las baquetas de sus cañones. Otra vez dispararon y, de nuevo, fallaron el tiro. El perseguido vio todo esto por encima de su hombro. En ese momento nadaba enérgicamente a favor de la corriente. Todo su cuerpo estaba activo, incluyendo la cabeza, que razonaba muy rápidamente. “El teniente —pensó— no cometerá un segundo error. Esto era un error propio

de un oficial demasiado apegado a la disciplina. ¿Acaso no es más fácil eludir una salva como si fuese un solo tiro? En estos momentos, seguramente, ha dado la orden de disparar a voluntad. ¡Qué Dios me proteja, no puedo esquivar a todos!”.

A dos metros de allí se escuchó el increíble estruendo de una caída de agua seguido de un estrepitoso escándalo, impetuoso, que se alejaba disminuyendo, y parecía propasarse en el aire en dirección al fortín, donde sucumbió en una explosión que golpeó las profundidades mismas del río. Se levantó una empalizada líquida, curvándose por encima de él; lo cegó y lo ahogó. ¡Un cañón se había unido a las demás armas! El obús sacudió el agua, oyó el proyectil, que zumbó delante de él despedazando las ramas de los árboles del bosque cercano.

“No empezarán de nuevo —pensó. La próxima vez cargarán con metralla. Debo fijarme en la pieza de artillería, el humo me dirigirá. La detonación llega demasiado tarde: se arrastra detrás del proyectil. Es un buen cañón”. De inmediato comenzó a dar vueltas y más vueltas en el mismo punto: giraba como una peonza. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fortín y los hombres ahora distantes, todo se mezclaba y desaparecía. Los objetos ya no eran sino sus colores; todo lo que veía eran banderas de color. Atrapado por un remolino, marchaba tan

rápidamente que tenía vértigo y náuseas. Instantes después se encontraba en un montículo, en el lado izquierdo del río, oculto de sus enemigos. Su inmovilidad inesperada, el contacto de una de sus manos contra la pedriza, le devolvió los sentidos y lloró de alegría. Sus dedos penetraron la arena, que se echó encima, bendiciéndola en voz alta. Para su parecer era la cosa más preciosa que podría imaginar en esos momentos. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardinería; le llamó la atención el orden determinado en su disposición, respiró el aroma de sus flores. La luz brillaba entre los troncos de una forma extraña y el viento entonaba en sus hojas una armoniosa música interpretada por un arpa eólica. No quería seguir huyendo, le bastaba permanecer en aquel lugar perfecto hasta que lo capturaran.

El silbido estrepitoso de la metralla en las hojas de los árboles lo despertaron de su sueño. El artillero, decepcionado, le había enviado una descarga al azar como despedida. Se alzó de un brinco, subió la cuesta del río con rapidez y se adentró en el bosque.

Caminó todo el día, guiándose por el sol. El bosque era interminable; no aparecía por ningún sitio el menor claro, ni siquiera un camino de leñador. Ignoraba vivir en una región tan salvaje, y en este pensamiento había algo de sobrenatural.

Al anochecer continuó avanzando, hambriento y fatigado, con los pies heridos. Continuaba vivo por el pensamiento de su familia. Al final encontró un camino que lo llevaba a buen puerto. Era ancho y recto como una calle de ciudad. Y, sin embargo, no daba la impresión de ser muy conocido. No colindaba con ningún campo; por ninguna parte aparecía vivienda alguna. Nada, ni siquiera el ladrido de un perro, sugería un indicio de humanidad próxima. Los cuerpos de los dos enormes árboles parecían dos murallas rectilíneas; se unían en un solo punto del horizonte, como un diagrama de una lección de perspectiva. Por encima de él, levantó la vista a través de una brecha en el bosque, y vio enormes estrellas áureas que no conocía, agrupadas en extrañas constelaciones. Supuso que la disposición de estas estrellas escondía un significado nefasto. De cada lado del bosque percibía ruidos en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello; al tocárselo lo encontró inflamado. Sabía que la soga lo había marcado con un destino trágico. Tenía los ojos congestionados, no podía cerrarlos. Su lengua estaba hinchada por la sed; sacándola entre los dientes apaci-

guaba su fiebre. La hierba cubría toda aquella avenida virgen. Ya no sentía el suelo a sus pies.

Dejando a un lado sus sufrimientos, seguramente se ha dormido mientras caminaba, porque contempla otra nueva escena; quizá ha salido de una crisis delirante. Se encuentra delante de las rejas de su casa. Todo está como lo había dejado, todo rezuma belleza bajo el sol matinal. Ha debido caminar, sin parar, toda la noche. Mientras abre las puertas de la reja y sube por la gran avenida blanca, observa unas vestiduras flotar ligeramente: su esposa, con la faz fresca y dulce, sale a su encuentro bajando de la galería, colocándose al pie de la escalinata con una sonrisa de inenarrable alegría, en una actitud de gracia y dignidad incomparables. ¡Qué bella es! Él se lanza para abrazarla. Cuando se dispone a hacerlo, siente en su nuca un golpe que le atonta. Una luz blanca y enceguedora clama a su alrededor con un estruendo parecido al del cañón... y después absoluto silencio y absoluta oscuridad.

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba de un lado a otro del Puente del Búho.



Bibliografía

Axelos, Kostas. "Cuentos filosóficos". Jakobson *et al.* *El lenguaje y los problemas del conocimiento*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor. 1971, pp. 137-141.

Cuentos: La muerte. Las voces del silencio. Lo real y lo imaginario. El Ser. Dios. La búsqueda.

Borges, Jorge Luis y Bioy Casares, Adolfo. *Cuentos breves y extraordinarios*. Colección Clásicos Universales. Buenos Aires: Losada. s.f.

Cuentos: El intuitivo. La explicación. Andrómeda. Polemistas. Der Traum ein Leben. Una nostalgia. En el insomnio. Odín. Peligros del exceso de piedad. El cielo ganado. El peligroso taumaturgo. Temor de la cólera. Nosce te ipsum. La sentencia. El juramento del cautivo. Final para un cuento fantástico.

Borges, Jorge Luis; Bioy Casares, Adolfo, y Ocampo, Silvina. *Antología de la literatura fantástica*. S.l.: Sudamericana-Tercer Mundo. 1994.

Cuentos: Historia de zorros. El ciervo escondido. La obra y el poeta. Sola y su alma. Definición del fantasma. El descuido. Un auténtico fantasma. El negador de milagros. Un creyente. La secta del loto blanco. La sombra de las jugadas. Historias universales. Vivir para siempre.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas 1975-1985*. Tomo III. Tercera edición. España: Emecé. 1996.

Cuentos: 1983. Una pesadilla. Los sueños. Madrid, julio de 1982. El desierto. 1982. Ginebra.

Bustamante Zamudio, Guillermo y Kremer, Harold. *Los minicuentos de Ekuóreo*. Cali: Deriva. 2003.

Cuentos: El gesto de la muerte. Reencuentro. Tragedia. Aristocracia. Fábula 1. Fábula. La punta de la madeja. El castigo. Un cuento. La visita. Gemelos. El busto. El arte de matar dragones. A Roma. El Mama que inventó la muerte.

Bustamante Zamudio, Guillermo y Kremer, Harold. *Antología del cuento corto colombiano*. Segunda edición. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional. 2004.

Cuentos: Arcano. Un agujero.

Gilberto de León, Olver (selección). *Cuentistas hispanoamericanos en la Sorbona*. Bogotá: Ediciones del Banco de la República. 1982.

Cuentos: La autoridad. Una o dos veces.

Giraldo, Luz Mary (selección y textos). Cuentos y relatos de la literatura colombiana. Tomo II. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. 2005.

Cuentos: Sin salida. Azabache. Morir último.

IDCT. *Ventana de taller. Voces literarias en concurso*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá. 1999.

Cuento: Cuento sin nombre.

Kafka, Franz. *Obras completas*. Tomo II. España: Edicomunicación. 2003.

Cuentos: Una pequeña fábula. La partida.

Kafka, Franz. *Obras completas*. Tomo IV. España: Edicomunicación. 2003.

Cuentos: Transeúntes.

Kafka, Franz. *La Condena*. J. R. Tercera reimpresión. Madrid: Alianza Editorial. 2001.

Cuento: El rechazo.

Letras del mundo. Tomo 6. Buenos Aires: Editorial Nuevo Sur. 2006.

Cuento: Estado somnoliento.

Torri, Julio (selección y estudio preliminar). *Grandes cuentistas*. Serie: Los clásicos. Quinta edición. EE.UU.: W.M. Jackson. 1973.

Cuentos: Novela XLIV. Cuento XXXVIII.

www.ciudadseva.com. Hogar electrónico del escritor Luis López Nieves. Fecha de consulta: 25 de octubre de 2005.

Cuentos: Hablaba y hablaba. Los fantasmas y yo. La persecución del maestro. Tranvía. El dedo. Un paciente en disminución. El hombre invisible. El puente sobre el Puente del Búho.

www.citla.com. Fecha de consulta: 23 de octubre de 2007.

Cuento: Prejuicios útiles.

www.peznaranja.net. Fecha de consulta: 24 de octubre de 2007.

Cuento: Blanca sombra.

www.storiesville.com. <http://www.storiesville.com/content/view/799/65/>. Fecha de consulta: 25 de octubre de 2007.

Cuento: I tried...

Zuasti, Nieves (selección, presentación y notas). *Viajes inciertos*. Colección: Letra grande. Madrid: Unesco-Editorial Popular. 1993.

Cuentos: Viajar. Las ciudades y el deseo.

Vida Rosarista

ACUERDOS

A LA MEMORIA DE
MONSEÑOR RAFAEL CARRASQUILLA

FIESTA ROSARISTA

ACUERDO 198 (11 DE SEPTIEMBRE DE 2007)



La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en uso de sus facultades Constitucionales y,



Los nuevos Colegiales de Número. De pie (izq-der). Juan Guillermo López, Dirceo Olmedo Córdoba, Andrés Mauricio Jaramillo, Juliana Inés Rojas, Giovanni Miguel Algarra, Hans Peter Knudsen, rector de la Universidad del Rosario, Diego Fernando Pérez, Hernán José Vidal, Juan Fernando Anzola y Óscar Iván Ávila. Abajo (izq-der). Lina María Vélez, Myriam Liliana López, María Fernanda Castro, María Cristina Castro y Yuli Guzmán Prado.

CONSIDERANDO:

Que según las Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, los Colegiales de Número serán quince;

Que en la actualidad existen once (11) Colegiaturas vacantes que corresponde proveer a la

Consiliatura de las listas de alumnos puestas a su consideración por los Consejos de las Facultades;

Que la dignidad de la Colegiatura debe ser conferida, obedeciendo la voluntad del Fundador, a estudiantes que por su conducta intachable, altas calidades morales y notables capacidades académicas sean merecedores de esta distinción;



De izquierda a derecha: Alejandro Sanz de Santamaría Samper, Eduardo Posada Flórez y Pedro Gómez Barrero, Consiliarios de la Universidad, Hans Peter Knudsen, Rector de la Universidad del Rosario y el Cardenal Pedro Rubiano Sáenz



De izquierda a derecha: Monseñor Germán Pinilla Monroy, Capellán de la Universidad del Rosario, Sergio Rodríguez Azuero, Consiliario, José Manuel Restrepo Abondano, Vicerrector, Alejandro Sanz de Santamaría Samper, Eduardo Posada Flórez y Pedro Gómez Barrero, Consiliarios, Hans Peter Knudsen, Rector de la Universidad, Cardenal Pedro Rubiano Sáenz.

Que se ha desarrollado un cuidadoso proceso de selección, dando pleno cumplimiento a lo establecido en las Constituciones y observando los criterios de selección establecidos por la Consiliatura conforme a las tradiciones del Colegio;

ACUERDA:

ARTÍCULO PRIMERO: Conságrense Colegiales de Número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con todos los deberes y las prerrogativas que nuestras Constituciones otorgan a tal dignidad,

a los siguientes alumnos del Colegio a quienes se asignarán las sillas correspondientes a los primeros Colegiales así:

ARTÍCULO SEGUNDO: Comuníquese este Acuerdo al Señor Presidente de la República como Patrono del Colegio para su aprobación.

COMUNÍQUESE Y CUMPLASE

Dado en Bogotá D.C., el once (11) de septiembre de dos mil siete (2007).

Nombre	Silla	Número
Nayib Gussen Abdalá Manotas	Jerónimo de Berrío y Mendoza de Berrío	II
Juan Fernando Anzola Acevedo	Cristóbal de Figueroa Orozco y Palencia	IV
Óscar Iván Ávila Montealegre	Juan Montoya y Guerrero	V
María Fernanda Castro Oróstegui	Francisco de Mosquera y Nuguerol y Sotelo	VI
María Cristina Castro Pinzón	José de Vargas y Alarcón	VII
Dirceo Olmedo Córdoba Guzmán	Enrique de Guzmán Saavedra y Solanilla	VIII
Dereck De Jesús De La Rosa Porras	Alonso de Mesa y Villoria	IX
Yuli Guzmán Prado	Juan de Mosquera Nuguerol y Sotelo	X
Nombre	Silla	Número
Juan Guillermo López Vera	Nicolás de Guzmán Saavedra y Solanilla	XII
Lina María Vélez Falla	Cristóbal de Torres Bravo	XIII
Hernán José Vidal Baute	Juan de Chinchilla y Cañizares	XIV



De izquierda a derecha: Hans Peter Knudsen, Rector de la Universidad, Cardenal Pedro Rubiano Sáenz, Reynaldo Cabrera Polanía, colegial honorario, Rafael Riveros Dueñas, ex-rector de la Universidad, Eduardo Cárdenas Caballero, Consiliario, Carlos Dossman Morales, Síndico

El Rector,

Hans Peter Knudsen

Los Consiliarios,

Eduardo Cárdenas Caballero
Pedro Gómez Barrero



Los Colegiales de número durante la Eucaristía de consagración

Eduardo Posada Flórez

Jorge Restrepo Palacios

Alejandro Sanz de Santamaría Samper

El Secretario General,

Luis Enrique Nieto Arango



ACUERDO 199

(11 de septiembre de 2007)

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en uso de sus facultades Constitucionales y,

CONSIDERANDO:

Que Reynaldo Cabrera Polanía, Bachiller y Catedrático del Claustro, desempeñó desde 2003 hasta 2006 el cargo de Consiliario, por elección del Colegio Electoral, compuesto por el Rector y los Colegiales de Número;

Que desde esa posición ha servido ejemplarmente al Colegio, cuidando de su buena marcha como de cosa propia, por lo cual la Comunidad Rosarista debe agradecerle su dedicación y acierto;



El cardenal Pedro Rubiano Sáenz hace entrega del diploma de Colegial Honorario al Dr. Reynaldo Cabrera Polanía.



El rector de la Universidad Hans Peter Knudsen le pone la medalla de colegial al Dr. Reynaldo Cabrera Polanía.



Los Colegiales de número durante la ceremonia de consagración.

Que según lo establece el Título VI de las Constituciones Nuevas, en reconocimiento de los servicios prestados al Colegio, debe considerársele como Colegial Honorario, con derecho a concurrir a toda reunión de comunidad que se celebre, con puesto señalado y preferente;

ACUERDA:

ARTÍCULO PRIMERO: Otórgase la Colegiatura Honoraria al doctor Reynaldo Cabrera Polanía.

ARTÍCULO SEGUNDO: Conságresele como Colegial Honorario en el Aula Máxima en ceremonia solemne a la cual se invitará a la Comunidad Rosarista.

COMUNÍQUESE Y CUMPLASE

Dado en Bogotá D.C., el once (11) de septiembre de dos mil siete (2007).

El Rector,

Hans Peter Knudsen

Los Consiliarios,

Eduardo Cárdenas Caballero

Pedro Gómez Barrero

Eduardo Posada Flórez

Jorge Restrepo Palacios

Alejandro Sanz de Santamaría Samper

El Secretario General,

Luis Enrique Nieto Arango



ACUERDO 200 (11 de septiembre de 2007)

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en uso de sus facultades Constitucionales y,

CONSIDERANDO:

Que es deber del Claustro exaltar a los estudiantes que se han distinguido por su conducta intachable, altas calidades morales y notables capacidades académicas;

Que los alumnos Andrés Mauricio Jaramillo Flautero, estudiante de grado once del Colegio de





De izquierda a derecha: Luis Enrique Nieto, Secretario General de la Universidad, Monseñor Germán Pinilla Monroy, Capellán de la Universidad, Sergio Rodríguez Azuero, Consiliario y José Manuel Restrepo Abondano, Vicerrector de la Universidad



El Secretario General de la Universidad da lectura al Acuerdo que aquí se publica.

Arrayanes y Myriam Liliana López Cordero, estudiante de la Facultad de Rehabilitación y Desarrollo Humano, se han destacado entre sus compañeros, habiendo sido postulados a la Colegiatura de Número por cuanto sus condiciones corresponden a las establecidas por el Fundador para obtener tal dignidad;

ACUERDA:

ARTÍCULO PRIMERO: Preséntese a la Comunidad Rosarista los nombres de Andrés Mauricio Jaramillo Flautero y Myriam Liliana López Cordero como ejemplo de dedicación y amor al estudio.

ARTÍCULO SEGUNDO: Otórguese a los alumnos Andrés Mauricio Jaramillo Flautero y Myriam Liliana López Cordero la Colegiatura de Honor en reconocimiento a sus logros académicos y a sus altas calidades morales y de conducta.

ARTÍCULO TERCERO: Imponer la Cruz de Calatrava y entregar el Diploma de Colegial Honorario en ceremonia solemne que se llevará a cabo en el Aula Máxima del Claustro.

COMUNÍQUESE Y CUMPLASE

Dado en Bogotá D.C., el once (11) de septiembre de dos mil siete (2007).

El Rector,

Hans Peter Knudsen

Los Consiliarios,

Eduardo Cárdenas Caballero

Pedro Gómez Barrero

Eduardo Posada Flórez

Jorge Restrepo Palacios

Alejandro Sanz de Santamaría Samper

El Secretario General,

Luis Enrique Nieto Arango



Palabras del Secretario General del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en el homenaje rendido por

La Academia Colombiana de la Lengua
A la memoria de

Monseñor Rafael María Carrasquilla

Señor don Jaime Posada, Director de la Academia Colombiana de la Lengua, señores académicos, señoras y señores:

La generosidad de esta Academia al conmemorar en este acto el sesquicentenario del nacimiento del doctor Rafael María Carrasquilla compromete el agradecimiento del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuya comunidad de directivas, alumnos, egresados y profesores tiene en ese Maestro sin par un faro inextinguible, orientador del Claustro que el 18 de diciembre de este año cumple 354 de existencia, precisamente el mismo día del aniversario de su Rector Magnífico.

Nuestra tarea al frente de esa “casa de la verdad que hace libres” está dirigida por la máxima evangélica escogida por Monseñor Carrasquilla como lema para la revista por él fundada en 1905, órgano oficial de nuestra Institución: “Nova et Vetera”. Siempre antiguo y siempre nuevo el Claustro tiene la responsabilidad irrenunciable de conservar la tradición de tantos siglos y de ofrecer a la juventud estudiosa una educación de excelencia para el mejor futuro de esta

Patria que contribuyó a fundar y a la cual debe dedicar un esfuerzo constante por estar a la vanguardia del conocimiento.

Queríamos brevemente, luego de la docta disertación del Académico de Número don Guillermo Ruiz Lara, a quien expresamos nuestra sincera gratitud, referirnos a tres virtudes que adornaron a ese gran repúblico, digno sucesor del fundador Fray Cristóbal de Torres y que nuestra labor educativa considera indispensable enfatizar en estos tiempos de tanta crispación e intemperancia.

La primera de esas virtudes en las cuales el Rector Carrasquilla fue Maestro es la de la tolerancia. Gracias a ella, bajo su dirección y a pesar de la hegemonía de su época, se formaron en el Colegio Mayor personajes tan divergentes en sus posiciones filosóficas y políticas, tales como Darío Echandía, Antonio Rocha, Alberto y Eduardo Zuleta Ángel, Carlos y Juan Lozano y Lozano, José Antonio Montalvo, Alberto Lleras, Guillermo Amaya Ramírez y José Francisco Socarrás, por recordar solo a algunos pocos.



En la Mesa Directiva, de izquierda a derecha: Alejandro Venegas Franco, decano de la Facultad de Jurisprudencia, Luis Enrique Nieto Arango, Secretario General, Jaime Posada Díaz, Director de la Academia Colombiana de la Lengua y Jaime Sanín Echeverri, sub-director de la Academia Colombiana de la Lengua.

Innumerables testimonios, fidedignos y contestes de sus discípulos y contemporáneos, así lo demuestran. Esto nos cuenta Darío Echandía:

“En este país nuestro, en donde con tanta frecuencia los hombres tienen partido antes de tener ideas políticas, será siempre adoctrinador el ejemplo de Monseñor Carrasquilla, para quien lo importante no eran los partidos sino las ideas de los hombres acerca de los problemas de la nación. Dada su peculiar manera de entender la política, sería abusivo calificarlo de hombre de un partido. Y esto, no obstante que defendió francamente y desde el púlpito en más de una ocasión, el derecho de los sacerdotes a tener opiniones políticas y a ejercer, al igual que los laicos, su plena actividad ciudadana. Pero este concepto de la política como noble pugna ideológica antes que violento contraste de intereses, lo hizo aparecer a los ojos de algunos que suelen pensar que la razón del partido

explica y justifica (...) todas las acciones, aún las más reprobables, como poco eficaz y aun contraproducente para el oficio de formar prosélitos de determinada secta o bandería, desde el rectorado del Rosario. Tenían razón los tales, y aun de sobra, porque los discípulos del doctor Carrasquilla sabíamos bien, y por experiencia, que el hecho de estar afiliados a uno u otro de los partidos, no influía para nada, ni a favor ni en contra de los alumnos, en el ánimo del rector.”

Por su parte José Manuel Saavedra Galindo, primer graduado de la Facultad de Jurisprudencia restaurada por Carrasquilla, nos dice lo siguiente:

“No conocí la intransigencia sino en los clásicos principios que él profesaba. Jamás con los hombres. Tenía amigos en todos los partidos políticos y en todas las creencias. Y en las grandes festividades de su colegio, gustaba juntar en la misma mesa a



Luis Enrique Nieto Arango, Secretario General de la Universidad y Jaime Posada Díaz, Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

todos los colegiales antiguos y nuevos, cualesquiera que fuesen sus ideologías. Comprendía que la tolerancia es la palabra de más bello sentido en los avances de la civilización humana. Y este rasgo característico de monseñor, imprimió carácter a los rosaristas que él educó, no tienen pasiones extremas, presentan proyecciones suaves en todos los órdenes del pensamiento, y se aman colectivamente como una familia de hermanos.”

A su vez el doctor Luis Eduardo Nieto Caballero nos recuerda:

“Monseñor Carrasquilla no era un hombre capaz de desconocer la grandeza de sus predecesores, para desacreditar el nombre liberal, ni menos para hacer méritos, generalmente inexistentes en los que denigran y en los que se quejan de lo mismo que podrían remediar si al esfuerzo aplicaran las energías malgastadas en la crítica. Hay páginas

suyas, por cierto muy bellas, en que aparecen Francisco Eustaquio Álvarez y Juan Manuel Rudas, antiguos rectores del Rosario, pintados con mano no solo justiciera sino cariñosa... Dentro de una infinita sencillez con costumbres de la vieja Santa Fe, era orgulloso. Pero no era intolerante. Con el se podía conversar de lo más opuesto a su filosofía sin asustarlo. La práctica del confesionario le había dado, antes que el horror de que dan muestras, con grandes aspavientos, los hipócritas, una indulgencia razonada”.

La segunda, que hoy, en estos tiempos de avidez y consumismo para tantos resulta exótica, fue la austeridad, rayana en la pobreza, la cual atestigua conmovedoramente el último considerando del decreto 459 de 1930 por el cual el Gobierno Nacional, presidido por el Rosarista Miguel Abadía Méndez, ensalza la memoria de ese prestantísimo varón:

“Que la absoluta consagración al público servicio, sin preocuparse de allegar terrenas granjerías, le

colocaron en la condición de aquellos patricios romanos cuyos restos mortales se encargaba de inhumar el Estado por no haber dejado con qué sufragar ellos mismos las expensas funerales.”

Por último gozaba Carrasquilla de un excelente sentido del humor, ese aderezo de la vida sin el cual no es verdaderamente grande un ser humano. El diario El Espectador al registrar su muerte transcribía una página de otro de sus discípulos, Luis Serrano Blanco que nos dice:

“La conversación del doctor Carrasquilla es amena e interesante. En ella salta la vieja gracia santafereña que trae oportunamente la anécdota intencionada o el cuento lugareño. Y como sabe al dedillo la historia, ora la nuestra como la extraña, menudea el relato de graciosos sucesos, ajustados al tema. No conocerle y oírle hablar a la hora de las ánimas, con tal placidez y buen humor, cualquiera creería que es a la verdad un canónigo que apenas cantó en ese día los Salmos rituales, y ese hombre que tan ligero de espíritu se halla, ha discurrido en ese día una hora sobre metafísica, otra sobre teología; ha administrado la pequeña república que es su colegio; escribió un discurso académico; corrigió tres capítulos de un libro; leyó tres diarios; pronunció una plática a los seminaristas; estudió un poco; cumplió sus deberes de prebendado y presenció un bello crepúsculo desde los barrios de San Diego.

-¿A qué horas comienza su jornada, doctor?- le pregunté un día, admirado de la tarea realizada.- Ya con el sol. Temibles son los hombres que a las cuatro de la mañana están en obra. Como han de terminarla pronto dedican el tiempo sobrante a hacer mal al prójimo.”

Tolerancia entonces, austeridad y siempre buen humor serían las virtudes más relevantes que nos transmitió el Maestro cuyo sesquicentenario hoy conmemoramos y que deseáramos distinguieran a todos los hijos del Colegio de Fray Cristóbal de Torres que encontró en Rafael María Carrasquilla su segundo Fundador y quien sin duda soñó una Patria pacífica y pujante construida sobre estos tres pilares.

Muchas Gracias.
Luis Enrique Nieto Arango.



Fiesta Rosarista



Foto de la exposición en Homenaje al Dr. Alfonso López Michelsen.



De izquierda a derecha: Alfonso López Caballero, Luis Enrique Nieto Arango, Stella Meneses Montes, Rafael Riveros Dueñas, Jimena Violy, Cecilia Caballero de López.



El 6 de octubre de 2007, en la Sede Complementaria del Claustro, la Universidad ofreció su Fiesta de Integración Rosarista. Fue amenizada por la orquesta Los Tupamaros y contó con la participación especial de Wilfrido Vargas y el Mariachi Continental. Durante el evento, el Taller estudio Q, dirigido por Patricia Tobón y María Alexandra Mosquera, presentó la exposición en homenaje a la memoria del ilustre egresado, el doctor Alfonso López Michelsen, quien amaba la música y la parranda vallenata y quien acompañó siempre a esta Comunidad. A todos los miembros del Comité organizador, nuestros agradecimientos.

BOGOTÁ CAPITAL

Apoyado por la Universidad del Rosario
continúa en el 2008
con el programa

ELOGIO DE LA LECTURA

En coproducción con:

serendipity
CULTURA, IDEAS & NEGOCIOS



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.
Secretaría de
Cultura, Recreación
y Deporte



BOGOTÁ
CAPITAL MUNDIAL
DEL LIBRO
2007

CONSULTE LA PR

www.bogotacapital.com